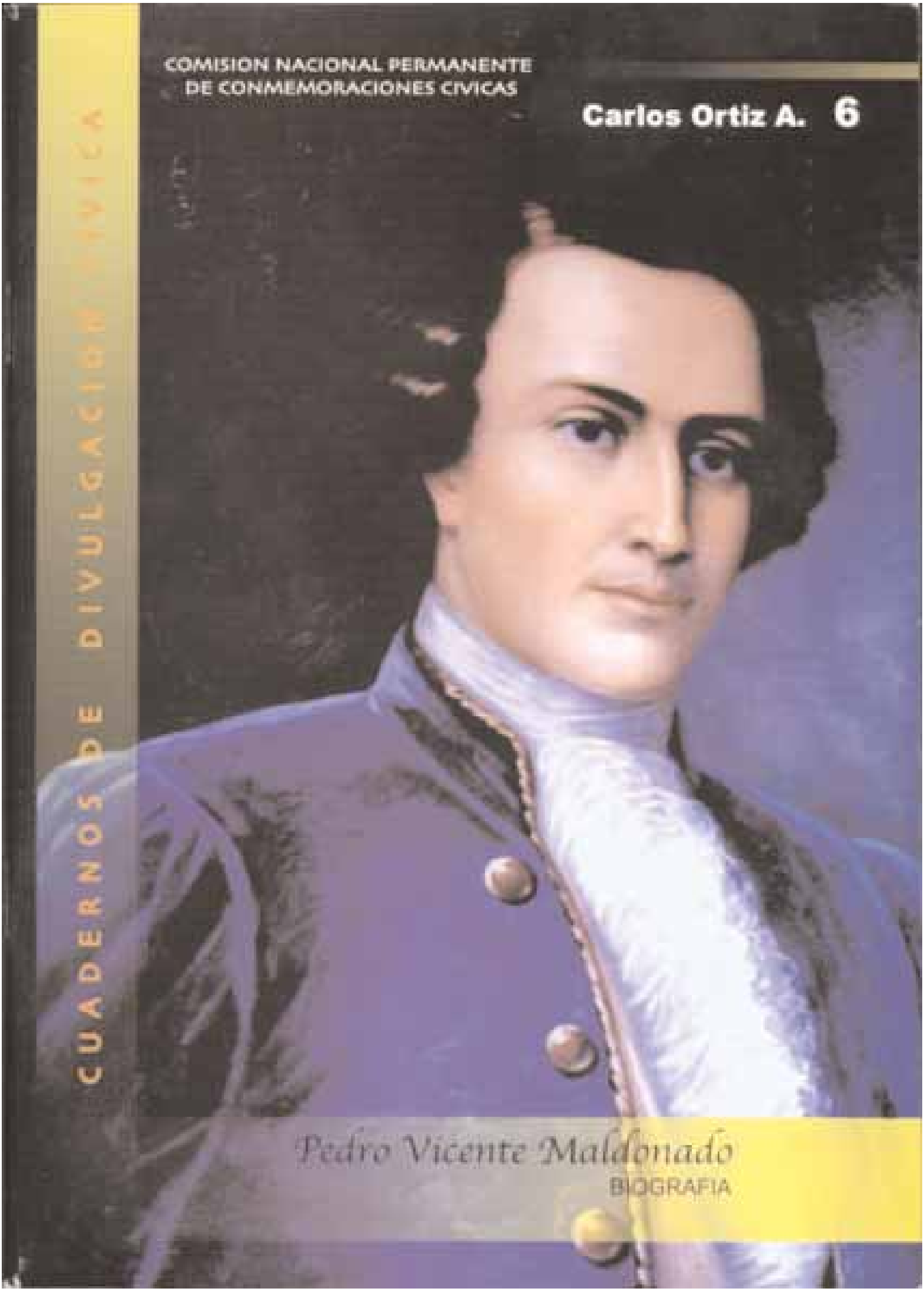

COMISION NACIONAL PERMANENTE
DE CONMEMORACIONES CIVICAS

Carlos Ortiz A. 6

CUADERNOS DE DIVULGACIÓN CÍVICA

Pedro Vicente Maldonado

BIOGRAFIA

CARLOS ORTIZ A.

Biografía de
Pedro Vicente Maldonado
(1704 - 1748)

Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas

Casa de la Cultura Ecuatoriana
"Benjamín Carrión"

QUITO - ECUADOR
2002

© **iMaction**
Ernesto Muñoz 136 y Edmundo Carvajal
(593 2) 2240 - 583

Digitalización, Publicación PDF:
Juan Manuel Rosero

© **Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas Pedro Vicente Maldonado**
Carlos Ortiz A.

© ***Casa de la Cultura Ecuatoriana***
"Benjamín Carrión", 2002
© **Fondo Editorial C.C.E. 2002**
Av. 6 de Diciembre N16-224 y Av. Patria

Impresión, encuadernación:
Editorial Pedro Jorge Vera

Impreso en Ecuador – Printed in Ecuador

CCE BENJAMIN CARRION
E-mail: cce.benjamincarrion@andinanet.net
www.cce.org.ec

INTRODUCCIÓN

HISTORIA DE UNA CIUDAD

Había una vez una población, que se conocía con el nombre de Riobamba, en un maravilloso país que se llamaba Quito, pero que más tarde pasó a denominarse Ecuador.

Ese hermoso país, que fue muy extenso -y hoy es uno de los más pequeños de América del Sur- soportó a lo largo de su historia una serie de dominaciones.

Cuentan que antes de una de las conquistas, la de los Incas del Perú, había un pueblo llamado Puruhá, bastante avanzado en organización, situado en el centro del territorio y en medio de las cordilleras. Liribamba era uno de los asientos más importantes de ese pueblo.

En otra de las conquistas, llegaron desde España a través del océano unos hombres barbados. Al descubrir estas tierras pobladas por indios felices de su suerte, los españoles tuvieron que pelear duramente. Los defensores de Atahualpa, último emperador del Tahuantinsuyo la más poderosa entidad política en esta región del continente - resistieron firmemente a la dominación. Indios y españoles combatieron con fiereza en los páramos de Tiocajas. Finalmente, obtuvieron el triunfo los hombres barbados, ayudados por sus caballos y por el fuego de sus armas.

Los vencedores, repuestos ya de las fatigas de la guerra, acamparon cerca de la bella laguna de Colta. Allí decidieron fundar la primera ciudad en las comarcas de Quito. Era el 15 de agosto de 1534. A esta primera ciudad española le pusieron el nombre de Santiago de Quito. Santiago era el patrono de los guerreros españoles que traían la misión de conquistar nuevos mundos para el Rey y para el Dios de los cristianos.

Eso de fundar ciudades era una de las ocupaciones preferidas por los

conquistadores. Por esta razón, apenas fundada la una con el nombre de Santiago, en el mismo sitio decidieron fundar otra, bajo la protección de San Francisco de Asís, del que también eran muy devotos. Fue el 28 de agosto. La intención era trasladar esta nueva ciudad, que se llamó San Francisco de Quito, al sitio en donde se hallaba la capital india del Reino de Quito, con fama de poseer grandes riquezas.

Y por esas cosas que no han llegado a explicarse claramente, Riobamba, que había sido el lugar escogido para ambas fundaciones, apareció en 1575 con el nombre de aldea de San Pedro; y, más tarde, en 1588, con uno muy raro de Villa del Villar Don Pardo. Esta nominación se originó en la circunstancia de que el Virrey de Lima en esa época, Fernando de Torres y Portugal, poseía el título de Conde del Villar Don Pardo, un pueblecito en la provincia española de Jaén.

Riobamba era, pues, una villa, de categoría inferior a una ciudad. Como tal permaneció durante la Colonia. Tranquila y pacífica, poblada por españoles y por los descendientes de estos. Los indios, que desempeñaban todos los oficios, se ubicaban en los lugares apartados de la población.

La villa estaba situada a poca distancia de la laguna, protegida por unas colinas y bañada por dos riachuelos. Era un sitio delicioso, con un panorama insuperable, en el que el sol alumbraba los días casi invariables y hacía resplandecer la nieve en las soberbias montañas.

En este lugar señorial se habían ido estableciendo numerosas familias españolas. Formaban una estructura social en la que se daba mucha importancia a la pureza de la sangre. Para poder ingresar a los pocos colegios o a la universidad, por ejemplo, había que demostrar que por las venas del aspirante no circulaba sangre de artesano (indio).

Los indios pertenecían a una clase inferior. Los negros, bastante escasos, vivían como esclavos, pero recibían, relativamente, mejor trato que los indios.

En Riobamba se hacía ostentación de esa nobleza de sangre. Los que no eran nobles, aspiraban a ser hidalgos, por lo menos. En todo caso, es fama que todos eran de un trato sumamente culto. Tenían una afición particular por los títulos y los grados militares. Los caballeros eran también, con mucha frecuencia, generales.

La vida de los moradores de Riobamba en la época colonial transcurría sin mayor novedad. No parecía existir ninguna prisa. El tiempo pasaba apaciblemente. Las noticias llegaban a la villa con mucho retardo. Más importante era la difusión de los chismes.

La más grave molestia era el frío. A veces, sin embargo, se producían también terremotos. En junio de 1698 hubo uno en especial, que destruyó gran parte de la población. Los riobambeños estuvieron a punto de retirarse con su villa a la cercana llanura de Gatazo, pero los retuvo el amor al terruño.

Los caballeros disponían de muchas personas, hombres y mujeres, destinadas al servicio doméstico. La buena suerte les había entregado enormes propiedades que no tenían por qué ser trabajadas por sus dueños. Para eso había gran cantidad de indios que lo hacían, generalmente en forma sumisa y casi sin paga. De allí nació la costumbre que los riobambeños conservaron hasta el siglo XX, de poseer grandes haciendas, para poder negociarlas con indios y todo.

Los que conocieron Riobamba en los siglos 17 y 18 dicen que era una villa importante y próspera de la Real Audiencia de Quito. La Plaza Mayor, hermosa, estaba provista de una atractiva fuente. El centro de la villa presentaba forma cuadrada; los suburbios poblados por indios y algún mestizo, aparecían con un aspecto circular. El P. Juan de Velasco, que nació en Riobamba en 1727, nos cuenta que la villa era como un cuerpo sin cabeza: los caballeros, los hidalgos y los nobles vivían en el centro urbano, que era el tronco; la gente baja y los mestizos habitaban en los costados, que correspondían a los brazos y piernas de ese cuerpo.

Las calles eran rectas y amplias, todas ellas empedradas y con desagües. Las casas estaban bien fabricadas, casi todas cubiertas de teja; algunas tenían dos plantas. Para la población mestiza e india se usaba la paja de los páramos como techo. Los patios interiores eran empedrados; para los corredores se usaba el ladrillo. Algunas casas tenían fachadas de piedras lajas; las paredes se levantaban de cal y piedra; el uso del adobe correspondía a la gente más pobre.

Había, por supuesto, buen número de iglesias y de conventos, pues los españoles vivían apegados al culto religioso. Había muchos sacerdotes y religiosos. La Iglesia Matriz parecía catedral. Las demás iglesias, todas de cal y piedra, pertenecían a los conventos de Santo Domingo, La Compañía de Jesús, La Merced, San Francisco, San Agustín y La Limpia Concepción. Había también la iglesia de San Sebastián de Cajabamba, pegada a la villa, y otras capillas para los indios en sus barrios, a más de dos santuarios consagrados a la Virgen: de Cicalpa (o de Las Nieves) y de Balbaneda.

Por lugares para el culto no faltaba. Los sacerdotes y religiosos vivían con mucha comodidad. Algunos conventos llegaron a poseer grandes haciendas. A muchas familias nobles les gustaba adquirir sitios para su sepultura en todas las

iglesias.

Pero, a pesar de la importancia que tenía Riobamba, que la hacía superior a muchas ciudades de la misma España, nunca le fue concedido el título de ciudad que solicitó en varias ocasiones.

Ciertas familias llegaron a ser muy ricas en los siglos 17 y 18. Los Vallejo, Peñafiel, Velasco, Urquizo, Orozco, Larrea, Villavicencio, Dávalos, León, Chiriboga, Lizarzaburu, Maldonado, Mancheno, y otros, según testimonios de la época, vivían en casas llenas de "cuadros con marcos dorados, escritorios, canapés, sillas, mesitas, bufetes, cortinajes, mamparas, armarios, estantes, arcas, camas, rodapiés, literas, cubrecamas, vitrinas, tapicerías, colgaduras y alfombras que cubren todos los pisos...". (1) El mismo autor informa que estas familias tenían, además, "espejos, porcelanas de China y de Japón, vasos y copas de cristal, y vajillas de plata, en las salas, cuartos, alcobas, pasillos, dormitorios y gabinetes".

Como se puede apreciar por los testimonios, el interior de estas casas era tanto o más rico y soberbio que el de las de Quito por la misma época. Causa gran admiración la lectura de los testamentos de estos poderosos propietarios. Había comodidad y lujo a raudales. Una de las muestras de la pujanza económica de Riobamba en el siglo 18 es la famosa Custodia que se conserva todavía en el Museo de Arte Religioso de la actual ciudad.

Muchas cosas más se podrían contar de Riobamba durante la Colonia, como la leyenda conocida del Luterano, que dio origen al escudo de armas. Pero, basta con las líneas anteriores para situarnos en el importante momento histórico en el que va a destacarse la villa del Glorioso Apóstol San Pedro de Riobamba.

En el siglo 18, de la tranquila, noble, rica y caballerosa villa riobambeña van a surgir las más claras inteligencias que pusieron mucha luz en la oscuridad colonial. Allí van a aparecer: el padre de nuestra Historia, Juan de Velasco; el mejor poeta épico, José de Orozco; el científico más notable, Pedro Vicente Maldonado. Allí van a nacer y crecer escritores y poetas como los hermanos Manuel y Miguel Vallejo Peñafiel; Manuel Orozco Velasco; Ambrosio, Joaquín, Pedro Lucas Larrea; Juan de León; y otros personajes destacados como Juan y José Larrea y Villavicencio, Magdalena Dávalos, José Antonio e Ignacio José de

---

(1) Cita del libro del P. Mario Cicala: "Descripción Histórico-topográfica de la Provincia de Quito de la Compañía de Jesús", escrita en 1771; traducida por el P. Julián Bravo; edtada en Quito, 1994.

Lizarzaburu, Isabel Gramesón de Godin... Algunos de ellos plasmaron sus obras en el extranjero, pues fueron jesuitas expulsados, en 1767, de los territorios de Quito.

Con uno de estos personajes, Don PEDRO VICENTE MALDONADO, vamos a caminar en las páginas siguientes.

LA FAMILIA MALDONADO-PALOMINO

A la villa de Riobamba llegó desde Arequipa, Perú, a finales del siglo 17, don Pedro Atanasio Maldonado Sotomayor. En su ciudad natal había sido armado Caballero de la Orden de Alcántara. Y, con el correr de los años, llegaría a obtener el grado de General.

Don Pedro Atanasio contrajo matrimonio en 1691 con la dama riobambeña doña María Isidora Palomino Flores. Ella era hija del General Antonio Palomino Flores, Alférez Real y varias veces alcalde y regidor de la villa, y de la señora María de Villavicencio. Esta dama era, a su vez, hija del Maestre de Campo don José de Villavicencio, regidor perpetuo de la villa de Riobamba; y de doña Magdalena Thello de Rivera.

Con este matrimonio, a la hidalguía de don Pedro Atanasio se añadieron haciendas, casas, obrajes, muebles y joyas, que aportó con su dote la virtuosa matrona riobambeña.

La casa de los esposos Maldonado Palomino era una de esas de gran esplendor que existían entonces en Riobamba. Estaba situada a corta distancia de la Plaza Mayor. [2]

En ese hogar, que se alegró con el advenimiento de muchos hijos, nació Pedro Vicente Maldonado, el 24 de noviembre de 1704. Esta fecha solamente pudo ser establecida a comienzos del siglo 20 por el Dr. Pacífico Villagómez con el hallazgo de la partida de bautismo, que es como sigue: "En siete de mayo de mil setecientos y ocho años, puse óleo y crisma a Pedro Vicente, hijo legítimo del Capitán don Pedro Maldonado y de doña María Isidora Palomino Flores: habiendo bautizado a necesidad por don Juan Iracheta el día veinticuatro de noviembre de mil setecientos y cuatro; y fue su padrino del dicho bautismo el General Antonio Palomino Flores, y del óleo y crisma el Señor don Cristóbal de Mesías, Corregidor actual. De que doy fe.- (f.) Don Luis Pérez Na-

varro". [3]

El nacimiento y bautismo fueron el 24 de noviembre de 1704; la ceremonia de óleo y crisma se realizó el 7 de mayo de 1708, cuando el niño tenía tres años y medio.

Don Pedro Vicente tuvo dos hermanos mayores que él:

José Antonio, el mayor de todos, nacido en 1693. Siguiendo la tradición de las familias españolas, se hizo sacerdote. Fue cura en varios pueblos, en Ibarra y Latacunga, y llegó a ocupar el cargo de Cura Rector de la Catedral de Quito. Doctor en Teología y cultor de las ciencias. Por sus grandes conocimientos mereció ser designado Socio de la Real Academia de Ciencias de París. Así lo hacía constar en sus escritos, por lo menos desde 1755. Falleció en Los Elenes en 1765 y fue enterrado en Guano.

Ramón Joaquín, nacido en 1700. Llegó a obtener el grado de General. Tuvo una intensa vida pública en los cargos de Corregidor de Latacunga y Regidor perpetuo de Quito. Consiguió el título de Marqués de Lises. Murió en 1748, poco antes que su hermano Pedro.

Las hermanas fueron seis:

Rosa Nicolasa, casada con el Alférez Real de la villa, don Juan Esteban de Villavicencio, fallecido en 1724 en un encuentro con una banda de salteadores. Se volvió a casar con don Julián Mancheno y Ayala. Tuvo muchos hijos y nietos de actuación destacada en la sociedad riobambeña. Sobrevivió a su segundo esposo y falleció en 1775.

Teresa Casilda, esposa del Capitán Ambrosio de Velasco, hermano del P. Juan de Velasco. Al enviudar, se hizo religiosa concepta, con el nombre de Madre Teresa de la Asunción.

Elena Magdalena, casada con el capitán don José Dávalos y Larraspuru. En ese hogar nacieron Magdalena Dávalos y sus hermanos.

Nicolasa Ambrosia, que contrajo matrimonio con don Pedro de Nájera y Vilches. Tuvieron muchos descendientes, de gran prestigio en la sociedad colonial.

Isabel de San Luis, novicia en 1723 y luego monja de las Carmelitas Descalzas, en Quito.

---

(2) En ese sitio funciona en la actualidad la Biblioteca del Municipio de Colta; y allí se ha levantado un monumento al sabio Pedro Vicente Maldonado.

(3) Este documento fue encontrado en el Archivo de la Corte Suprema de Justicia.

Clara Antonia de Jesús, María y San Pedro, que profesó en 1734 como religiosa del Monasterio del Carmen de Quito.

Don Pedro Atanasio reconoció en su testamento la existencia de un hijo natural, de nombre Pedro, que lo tuvo después de enviudar, con doña María de Almansa. Se hizo religioso dominico y mantuvo buenas relaciones con sus otros hermanos.

Fue, por tanto, una familia muy numerosa. Sus miembros formaron parte importante del vivir social y cultural del siglo 18 en Riobamba y en toda la Audiencia.

Entre las propiedades de los Maldonado se mencionan: la finca de Los Elenes, las grandes haciendas de Igualata y Sabañag en el territorio de Riobamba; las tierras de Ulba, cerca de Baños, el obraje de Cuzúa, la hacienda de Juibe, otras tierras en Cotaló y Guambaló, en la actual provincia de Tungurahua; algunas estancias, casas y molino en la jurisdicción de la villa de Riobamba.

Esto significaba, además, la propiedad de miles de cabezas de ganado, los frutos de la tierra, las telas del obraje. La familia Madonado Palomino podía vivir dentro de un ambiente de prosperidad.

CAPÍTULO I

FORMACIÓN Y SERVICIOS A LA PATRIA

LOS PRIMEROS AÑOS

En ese ambiente empezó a crecer Pedro Vicente, rodeado del cariño de sus padres y hermanos. Desde niño pudo recorrer las propiedades familiares. Ello contribuyó a despertar en su alma el gusto por la naturaleza y el afán de conocerlo todo.

Estuvo dotado de muchas cualidades físicas y espirituales. El cultivo de ellas corrió a cargo de sus padres y, luego, de los jesuitas de la villa, que habían logrado para entonces la fundación de un colegio, en el que comenzó su formación.

Para el año 1717, había perdido a su madre.

Inteligencia brillante y dedicación al estudio fueron los méritos que le valieron, en 1718, ser enviado al mejor establecimiento educativo de la Presidencia de Quito: el Real Colegio y Seminario Mayor de San Luis, en el que funcionaba también la Universidad de San Gregorio Magno. En este instituto obtuvo el grado de Bachiller el 7 de abril de 1720; y al año siguiente, el 19 de mayo de 1721, el grado de Maestro, con las más altas calificaciones en todas las asignaturas: Lógica, Física, Metafísica. El certificado que le otorgaron lleva la firma del P. Luis de Alderete, Rector de la Universidad, que era también Rector del Colegio de San Luis.

Antes de cumplir los 17 años el joven Maldonado regresaba a su tierra natal con su título de Maestro, que no satisfacía sus anhelos científicos. Terminados los estudios, su espíritu había quedado sediento de más luces. Su inclinación a la ciencia le exigía mucho más. Estaba dispuesto a vencer todos los obstáculos que se le opusieran. Leía todo lo que casi de contrabando llegaba a es-

tas comarcas españolas, procedente casi siempre de Francia. A más del latín aprendido en el Colegio, se dedicó a estudiar otras lenguas como el francés, cuyo dominio adquirió.

Para relacionarse con los indios de las haciendas de la familia hablaba también el quichua. Su gusto por las lenguas se extendió al aprendizaje de otros sistemas lingüísticos que existían en el territorio de la Audiencia. Esto le serviría muchísimo en sus afanes de investigador.

Se cuenta que, en enero de 1724, Pedro Vicente participó en un hecho que puso a prueba su intrepidez. Había en Riobamba en esa época un famoso ladrón, Agustín Argüello; acompañado de una numerosa cuadrilla de salteadores, cometía toda clase de fechorías. Las autoridades trataron de contenerlos; y en un encuentro con estos malhechores, fue muerto a balazos el Alférez Real de la villa, el General Juan Esteban de Villavicencio, cuñado de Pedro Vicente. Se armó este de coraje y se enfrentó a los criminales con tal valor que, a riesgo de su propia vida, logró que fueran reducidos a prisión y castigados. El vecindario de la villa alabó la acción del joven Maldonado y le agradeció por haberle ayudado a salvarse del peligro.

Para enriquecer su alma buscaba la compañía de su hermano, el sacerdote José Antonio, estudioso de las ciencias y de la Astronomía, cuestiones más bien raras en el pacífico ambiente de ese siglo. El Dr. José Maldonado era otro espíritu inquieto por el saber. Es muy elevado el concepto que de él se han formado los que lo conocieron.

Estas eran las ocupaciones fundamentales del joven Madonado, en espera de que se produjeran nuevos acontecimientos en los que él pudiera demostrar sus talentos. En octubre de 1724 falleció su padre en la ciudad de Quito. Se hizo un reparto de los bienes. Pedro Vicente dedicó su tiempo a administrarlos.

LOS SERVICIOS A LA CIUDAD Y A LA PATRIA

En 1725 se le ofreció una buena ocasión de evidenciar sus cualidades. Los jesuitas le habían solicitado su cooperación para el trazo de caminos que facilitaran el trabajo de las misiones en las regiones selváticas de Canelos. De esta acción nos ocuparemos en otro capítulo.

De regreso nuevamente a su tierra natal, continuó en su afán de explorarlo todo. Su constitución robusta le permitía transponer montañas, descender a los ríos y lagunas, examinar los volcanes.

Desde 1728 había obtenido de la Real Audiencia de Quito el arrendamiento por cinco años de la recaudación de tributos que estaban atrasados y que correspondían a la encomienda que había sido del Conde de Aguilar y había pasado a la Real Corona. La encomienda comprendía los indios de los pueblos de Licto, Chambo, Químiag y otros, en la jurisdicción de Riobamba. El trabajo fue cumplido a la perfección. Se convirtió en un ejemplo de honradez y capacidad. Aprovechó de esta ocasión para, valiéndose de su gran espíritu de comprensión y buen trato, atraer a muchos indios que andaban perdidos o retirados. Renovó el contrato en 1733, pero lo cedió en 1737 al Capitán Félix de Velasco, porque sus ocupaciones para el servicio de la patria ya no le dejaban tiempo para cumplirlo a cabalidad.

En febrero de 1730 formó su hogar. La mujer escogida fue doña Josefa Pérez Guerrero y Ontañón, hija del General Fernando Pérez Guerrero y Peñalosa y de doña Manuela de Ontañón y Lastra. La esposa fue un modelo de virtud. De este matrimonio nacieron cuatro hijas: tres de ellas murieron en temprana edad; la única sobreviviente se llamó Juana.

En 1733 lo encontramos ejerciendo las funciones de Alcalde Ordinario de primer voto en la villa de Riobamba. Esta designación incluía también el oficio de Teniente General o sustituto del Corregidor. En el desempeño de este cargo dio a conocer sus cualidades de gobernante. Puso todo el celo en la administración de justicia. Mediante la vigilancia ejercida con desinterés y con mucho empeño, logró contener todos los excesos y frenar todos los abusos. Sus acciones todas estuvieron conducidas por la rectitud. Al final del ejercicio de este cargo pudo afirmar que había evitado los homicidios, los robos y todos los escándalos.

A pesar de esta intensa actividad de servicio público, que alternaba con la conducción de las propiedades familiares que habían quedado en gran parte bajo su responsabilidad, su espíritu no encontraba completa satisfacción. No quería acabar su vida como tantos otros terratenientes de la época. En su mente había muchas ideas, que deseaba transformar en realizaciones, para bien de la patria.

Se iba a empeñar tenazmente en la apertura de un camino para expansión del comercio y las comunicaciones. Había concebido también la idea de proseguir la exploración del territorio para levantar una carta geográfica, de la que carecía la Real Audiencia de Quito. Y soñaba ya en la posibilidad de viajar a Europa a fin de ampliar sus conocimientos y experiencia.

CAPÍTULO II

LA COMPLICADA TAREA DE SER SABIO

EL TALENTO SUPERA LAS FALLAS

Maldonado fue un hombre sabio. Nadie lo pone en duda. Lo reconocieron los científicos europeos. Lo confirmaron las Academias.

Pero, llegar a serlo, debió haberle costado mucho esfuerzo. El medio en que le tocó vivir, una colonia casi olvidada en la América del Sur, no era precisamente el más propicio para lograrlo, aunque se estaban presentando ciertos factores favorables.

"Su pasión por instruirse abrazaba todos los géneros; y su facilidad de concebir, de intuir, suplía la imposibilidad en que se había encontrado de cultivarlos desde su primera juventud". [(4)]

Esto quiere decir, según la apreciación de tan destacado personaje como La Condamine, que Maldonado poseía una inteligencia clara, y supo aprovechar de ese don. Tenía un irrefrenable espíritu de investigación, y con ello pudo llegar más allá del horizonte que los demás apenas divisaban.

Para lograr esa categoría de sabio, de científico, el riobambeño tuvo que sobrepasar los linderos de la despreocupación reinante. Debía dedicarse a buscar la ciencia por todos los medios que era capaz de poner a su alcance. Se apropió de cuanto conocimiento pudo adquirir en esa época: matemática, física, geografía, cartografía, geometría, cosmografía, botánica, astronomía, topografía. En la penumbra americana del siglo de las luces europeo, estas disciplinas científicas no despertaban mucho interés en la generalidad de los mortales residentes en las pequeñas ciudades de la Real Audiencia de Quito.

Le sirvió de considerable ayuda el ambiente que rodeaba a su familia. Al mismo tiempo, supo aprovechar las ventajas que su origen le proporcionaba en materia económica. Gracias a esos recursos, pudo adquirir libros, recorrer el territorio de su patria, abrir caminos, viajar a Europa y permanecer allá durante

cinco años.

Tuvo, además, en su hermano José Antonio, el sacerdote de grandes prendas morales y culturales, un protector, un amigo, un maestro en la rama de las Ciencias Naturales. Contó también con el respaldo de su otro hermano, Ramón Joaquín, y de sus cuñados Velasco, Dávalos, Nájera y Villavicencio. De don José Dávalos, al que dieron el nombre de "El filósofo de la soledad", se sabe que poseía en su estancia de Elén una gran biblioteca, con abundancia de cartas geográficas.

Sus estudios fueron realizados, como vimos, en los mejores establecimientos que había en la Real Audiencia en ese siglo. Pero, como se puede apreciar en los documentos respectivos, dichos estudios no abarcaban más de lo tradicional: clases de gramática latina, de literatura (dominada en esa época en Quito por el culteranismo o gongorismo), de filosofía escolástica, de derecho canónico, y de moral. Era la misma formación que se daba a los sacerdotes, con disciplinas en las que predominaban la ética, la lógica, la metafísica. En lo que se refiere a la ciencia de la física, esta no se extendía más allá de lo que había descubierto Aristóteles sobre la generación y corrupción de la materia. (5)

Fue incansable en el afán de superar todas las fallas de su formación académica. Esto le significó un poderoso esfuerzo de su voluntad, junto con una entrega total de su talento. "La sabiduría de Maldonado fue tan heroica como su patriotismo", decía el Dr. Augusto Velasco Montesdeoca. (6)

Aparte de su inteligencia, de su voluntad y de su holgura económica, nada le fue concedido gratuitamente. Tuvo que ir conquistándolo, paso a paso, pero firmemente, para satisfacción de la sed insaciable que había en su ser.

González Suárez es uno de los grandes admiradores de Maldonado. Le dedica elogiosas frases en varias páginas de su Historia y en otros artículos. El distinguido escritor se pregunta en dónde pudo haber adquirido Maldonado tantos conocimientos. Y él mismo responde que no pudo haberlo hecho en el Seminario de San Luis, pues ya se sabe cuál era el alcance de ese centro de estudios. Fue, entonces, un autodidacta, como la mayor parte de los grandes sabios, en ciencias como la Física o la Matemática. Fue guiado, ya lo hemos dicho, en Ciencias Naturales, por su hermano José Antonio. Y llegó a perfeccionarse con el trato que tuvo, durante largos y fecundos años, con los sabios franceses que le dispensaron su aprecio en atención a la capacidad y al saber que

(4) Carlos María de La Condamine: "Diario de viaje...".

descubrieron en el joven riobambeño.

"¿Dónde aprendió este criollo las Matemáticas? ¿Dónde estudió la Geografía? ¿Quién le inició en la Astronomía? ¿Cómo supo manejar instrumentos de Ciencias, que eran desconocidos en la oscura Colonia de Quito...?". "... Nosotros nos maravillamos, no de que Maldonado haya llegado a ser un sabio, sino de que haya alcanzado a serlo sin maestros, casi sin libros, sin instrumentos, en un país donde, ahora todavía, conseguir levantarse sobre las medianías sería empresa dificilísima y casi irrealizable". (7)

CON LA MISIÓN GEODÉSICA FRANCESA

La presencia de los académicos franceses en la Real Audiencia de Quito en 1736 fue de particular trascendencia en la vida de Maldonado, pues su interés por las cuestiones científicas no conocía límites. Había aprendido todo lo que estuvo a su alcance, en la teoría y en la práctica.

Mientras se hallaba en la ejecución de uno de sus grandes proyectos, el camino a Esmeraldas, supo de la llegada de una Misión Geodésica enviada por la Real Academia de Ciencias de París. Venía a efectuar unas mediciones en el centro de la tierra. Se quería comprobar cuál era el grado de achatamiento que presentaba el planeta en su redondez.

La Misión estaba integrada por lo más destacado de los científicos de Francia. Personalidades como Luis Godin, José de Jussieu, Pedro Bouger, Carlos María de La Condamine, conformaban este grupo de sabios que iban a completar las investigaciones sobre la forma de la tierra. Eran gente joven, más o menos de la misma edad que nuestro Gobernador de Esmeraldas.

Cuando conoció la llegada de estos ilustres personajes se alegró inmensamente. Trató por todos los medios de procurarse la amistad de los europeos, entre los que se incluyeron los dos marinos españoles, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, designados para acompañar a la Misión.

No le fue muy difícil establecer esa relación de amistad y de trabajo científico. Carlos de La Condamine, antes de llegar a Quito, había pasado por Esmeraldas. Allí había conocido lo que valía Pedro Vicente, entregado a la realización de la etapa inicial del formidable camino. El criollo, además, conocía el

---

(5) Véase Federico González Suárez: "Historia General del Ecuador".

(6) Revista "Siembra" No. 18. Colegio Maldonado, Riobamba, 1948.

francés, lengua que se practicaba entre los miembros de su familia.

La amistad con La Condamine se prolongó por muchos años y traspasó los linderos impuestos por la muerte. Igual sucedió con los otros integrantes de la Misión. Los franceses visitaron varias veces Riobamba. Fueron recibidos y agasajados por los hermanos Maldonado y otros miembros de la familia. Esa demostración de aprecio se hizo presente cuando los científicos necesitaron respaldo económico. Los tres hermanos Maldonado les sirvieron de garantes ante las autoridades. Y hasta les prestaron dinero.

La presencia de los geodestas de Francia sirvió, ante todo, para poner de relieve la valía intelectual de don Pedro. Trabajaron de igual a igual. Los aportes de Maldonado en materia cartográfica sirvieron a La Condamine para sus varias obras. Por su parte, los trabajos de La Condamine contribuyeron a complementar la investigación de Maldonado en la confección de su célebre Carta de la Provincia de Quito.

Días, meses, años, desde 1736 en que llegaron los académicos al país, hasta el fin de los trabajos en 1743, transcurrieron juntos, en viajes de observación, en fiestas, en reuniones culturales y científicas, en la redacción de sus memorias.

Pero, la finalización de los trabajos académicos de la Misión no significó el cese de la actividad científica de Maldonado. Su amigo La Condamine quería contar con él para internarse por la región amazónica y realizar el estudio del gran río, de su geografía, de su flora y de su fauna. Esa exploración demostró una vez más la capacidad del criollo de la Audiencia de Quito en esta clase de investigaciones. Las observaciones y los cálculos serían un gran aporte para la confección de la Carta Geográfica de ambos sabios.

UNA PERSONALIDAD QUE SE IMPONE

Una victoria de esas proporciones en el plano del saber, lograda por un hombre de una colonia española en la América del siglo 18, no pudo ser sino el resultado de una robusta personalidad. Merced a ella, pudo vencer todas las dificultades y ubicarse en la altura en que lo encontraron los hombres llegados desde el otro lado del Atlántico con otra mentalidad y con una esmerada preparación académica.

---

(7) González Suárez: "Historia del Ecuador". Ariel 66, pp. 77-78.

Esa personalidad estuvo forjada a base de talento, generosidad, hidalguía, abnegación, y, sobre todo, constancia. No se dejó doblegar por ningún peligro, ni real ni imaginario. Estuvo preparado para afrontar todos los problemas que podían oponérsele en su carrera hacia el ideal.

Dejó atrás el nivel de lo posible y de lo cómodo para llegar a lo que sus contemporáneos creían irrealizable.

Los dos marinos españoles, Jorge Juan y Antonio de Ulloa calificaron a Pedro Vicente Maldonado como "...uno de los sujetos más capaces y especulativos que la provincia de Quito ha dado a la república de las letras..., cuyo ingenio se ha hecho conocer bastantemente entre los profesadores de las Ciencias..." .[8]

Este triunfo, que será reconocido por los institutos científicos más altos del continente europeo (Londres y París), solamente puede explicarse por la tenacidad en el deseo de llegar a ser sabio.

Maldonado podía haber escogido el sendero más sencillo. Como tenía fortuna, no le hubiera sido nada difícil dedicar los días y las noches a la buena vida, gozar de las comodidades, hacer gala de las ventajas y privilegios que le daban su noble origen y su dinero. No le hubiera costado más esfuerzo que el de dictar órdenes, en una sociedad en la que los españoles y sus descendientes, gracias a las normas de vida impuestas por la colonización, podían disponer de mano de obra casi gratuita, mediante la cual se extraían los productos de la tierra, se engordaban miles de cabezas de ganado, se elaboraban tejidos en los obrajes, o se obtenían beneficios imponiendo casi a la fuerza el cumplimiento de obligaciones religiosas.

Sin embargo, tomó la vía de la ciencia y del servicio a los demás para llenar su vida. Su fortuna fue, por supuesto, un auxiliar fundamental en este propósito. La invirtió en su propia capacitación. La gastó también en los largos y dificultosos recorridos por la caprichosa geografía de su patria. La dedicó en gran porcentaje a la construcción de un camino entre la Sierra y la Costa. La utilizó para conocer la lejana Europa, de donde le llegaba tanta luz a través del cálido mensaje de los libros y de la entrañable compañía de sus amigos.

"Todo lo observaba por sí mismo, y nada pasaba por él desadvertido", afirma González Suárez en su tan citada Historia General (Ariel 67, p. 32). Este agudo espíritu de observación es el que le permitió llegar al sitial que había perseguido con tesón desde sus primeros años: la sabiduría. Y en otro lugar (Ariel 86, p. 78), el historiador complementa: "... dotado de ingenio sobresalien-

te, aprende por sí mismo ciencias que en su país nativo no eran cultivadas, y llega a ser en ellas no solo instruido sino sabio, y sabio hasta el punto de merecer que la Academia de Ciencias de París y la Sociedad Real de Londres le honraran, reconocieran sus méritos y le condecoraran con el título de miembro honorario de ellas...!".

Mucho le debe la patria en este campo. No solamente por lo que hizo: caminos, mapas, descripciones, relaciones. Sino en particular por el ejemplo que entregó de su vida. No faltaron contemporáneos suyos que lo repudiaron. La envidia es una planta que crece con bastante facilidad en los ambientes mediocres. Desafiando un medio lleno de deficiencias, que a veces resultó inclusive hostil, Maldonado se erigió a sí mismo en uno de los valores más altos del pensamiento.

CAPÍTULO III

EL CAMINO A ESMERALDAS

TRASCENDENTALIDAD DE UNA OBRA

Uno de los sueños de este hombre infatigable era el de abrir un camino hacia el mar. Hasta entonces el que servía para sacar los productos desde Quito hasta el océano era el que tenía como meta la ciudad de Guayaquil. A más de largo y difícil, era casi intransitable durante los meses de invierno. También había la ruta más complicada por tierra hasta Lima, o hasta Cartagena, a lomo de mula y de indio. Panamá era el puerto por donde se hacía la mayor parte del comercio con Europa.

Maldonado había oído hablar de la provincia de Esmeraldas. Esta había

(8) "Relación histórica del viaje a la América Meridional...", Madrid, 1748.

sido descubierta por los españoles, y allí se había tejido la leyenda de las preciosas esmeraldas, sin que hubiera atraído posteriormente expediciones en busca de su gran riqueza. Estaba habitada por pueblos aborígenes, como los Colorados, los Cayapas y otras tribus. Esa población había ido disminuyendo notablemente con el paso del tiempo. A las costas esmeraldeñas habían llegado también grupos de negros que habían huido de sus amos y que se establecieron en varios lugares para vivir de la pesca. Muy rara vez se atrevían a aproximarse a esas playas las embarcaciones que navegaban por el Pacífico. Era una zona rica en producción, pero abandonada. Allí existían sitios adecuados para establecer un puerto más cercano a Panamá.

Durante más de un siglo, desde el año 1621, se había intentado sin éxito la construcción de un camino a Esmeraldas, casi siempre desde la villa de Ibarra, con el ofrecimiento de la Gobernación de esta provincia al que lo realizara. Maldonado no se dejó atemorizar por la serie de fracasos de los que le habían precedido en el intento. Se necesitaba de una real fuerza de carácter para no sucumbir en una empresa en la que tantos otros se habían comprometido.

Lo más importante en este proyecto era conseguir un incremento en el escaso comercio que entonces tenía la Colonia, y lograr mejores condiciones de vida para los pueblos.

Pensó que era más conveniente trazar un camino desde Quito, partiendo de la población de Nono, a pesar de lo escabroso de la cordillera en ese tramo. Había que traspasar montañas y ríos, hasta llegar a la confluencia del río Caoné con el río Blanco, desde donde se haría el viaje en canoa hasta Esmeraldas. En total, eran 47 leguas (260 kilómetros); aproximadamente la mitad del trayecto correspondería a camino de herradura.

Deberíamos ejercitar nuestra imaginación para darnos cuenta de lo que entrañaba una obra de esas dimensiones y de tal naturaleza. Si hoy, con todos los adelantos de la técnica vemos cuán duro es abrir carreteras por las zonas montañosas del Ecuador, consideremos lo que debió padecer Maldonado para unir con un camino trajinable tan extensos y desiguales territorios.

Pero se lanzó a la obra. Desde julio de 1734 en que presentó su petición en Lima, hasta 1743 en que viajó a España, no tuvo mayor preocupación que este su camino a Esmeraldas.

Era un nuevo reto que demostraría su tenacidad. Era un sueño que lo desvelaba. Era una obra que iba a poner de manifiesto el espíritu visionario, la inquietud previsora, la concepción político-económica de un hombre patriota.

Dudaba a veces de la posibilidad de convertirlo en realidad. Algunos parientes y amigos trataron de disuadirlo de este propósito que consideraban descabellado y, por tanto, imposible de ser realizado. Pero él tenía una voluntad de hierro. Su convencimiento de que era una obra necesaria y útil para la prosperidad económica de su tierra lo llevó a superar todos los inconvenientes y a sortear todos los peligros.

Habló con las autoridades de la Real Audiencia. Su hermano José Antonio gestionó en Lima en 1734 la aprobación del proyecto por el Virrey, Marqués de Castelfuerte. Y luego de muchos ajetreos, se consiguió la autorización en marzo de 1735. Si tenía éxito le ofrecieron como recompensa la Gobernación de Atacames.

Más de seis años de trabajo continuo (1735-1741), la inversión de su propia fortuna, una lucha tenaz contra los elementos, lo conducirían a la feliz culminación de su intento: una vía de comunicación directa desde la capital de la Real Audiencia, centro político y económico, hasta las costas de Esmeraldas, desde donde sería más fácil enviar, a través de Panamá, los productos de estas tierras hacia la distante España y el resto de Europa, e introducir con menos riesgos los materiales que desde allá venían a la colonia.

Una vez decidido, echó mano del dinero que provenía de sus propiedades. Y emprendió la obra más admirable de toda nuestra historia. Iba a emplear los mejores años de su vida para trazar esa vía, a través de montañas y quebradas, sobre barrancos y torrentes, sin los instrumentos adecuados para ese propósito, desafiando al clima y a la incomprensión.

Tardó más de un año en explorar la zona a fin de determinar cuál era la ruta más aconsejada. Después, tuvo que poner todo su empeño en conseguir al elemento humano para ejecutar la labor material. Algunos peones fueron llevados de sus haciendas; otros los consiguió en el territorio de Quito; y otros fueron contratados de entre los habitantes de la zona por donde se estaba abriendo el camino. Debía también preocuparse de los alimentos, y hasta del tabaco, para la gente; de las herramientas para romper las peñas y desbrozar la selva; de los materiales para construir puentes o embarcaciones. Utilizó a veces hasta ciento sesenta peones, aparte de los mayordomos, y gastó hasta setenta pesos diarios en las partes más complicadas. A pesar de su origen aristocrático, de sus sonoros apellidos, de los prejuicios que en la época tenían los que poseían bienes de fortuna, fue siempre amable con las gentes que trabajaban para él. Les pagaba salarios justos, más altos que los acostumbrados.

Para lograr este propósito, calificado por muchos de quimérico, él tuvo que hacer de todo y poner su ingenio al servicio de la buena causa. Era el hombre que se ponía al frente en todo momento para asegurar la eficacia de su trabajo. Se trataba de alguien que se olvidaba del presente para construir el futuro.

"Ya hace de sobrestante. Ya es el ingeniero director. Ya trabaja como simple peón. Empuña el machete y con la robustez vibrante desafía a la selva. Lucha contra las fiebres, contra el pantano, contra el reptil. Da ejemplo de honda comprensión humana. No regatea, como era uso entonces, el miserable jornal de hambre del cholo y del indio esclavizado. Lejos de eso, paga jornales elevados, que indudablemente debieron estremecer a latifundistas y encomenderos. Y en esos sombríos lugares, Maldonado se mezcla familiarmente con sus trabajadores, los anima, los acompaña...".[9]

En la Historia de Pedro Fermín Cevallos hallamos estas frases que ponen de relieve la dimensión del trabajo y el aprecio que sentía el escritor ambateño sobre esta gran acción: "... sin desalentarse, ... contando con sus conocimientos, con las rentas de su hacienda, aunque bien corta, y con ese período de vida que transcurre de los veinte a los treinta años, despreciador de los peligros y acometedor de las más osadas empresas; cruza los Andes occidentales, e internándose por las selvas de la provincia y recorriéndola casi en todas direcciones, la observa, la inspecciona y traza y abre un camino después de seis años de trabajo y fatigas sin descanso. No contento con la obtención del Gobierno de Atacames, el premio ofrecido para quien abriera el camino, y sin atender a las sugestiones de la codicia, olvida sus intereses propios y se pone a examinar el suelo, selvas y ríos que recorre, a medir las alturas y costas de la provincia, computar las distancias, observar los vientos, levantar un plano topográfico, arreglar unos pueblos, fundar otros, acopiar varios objetos pertenecientes a la historia natural, y recoger noticias acerca de las antigüedades de la comarca; y provisto de estos materiales con que piensa enriquecer a su Patria, se vuelve a Quito para darlos a la estampa".[10]

El mismo Pedro Vicente parece admirarse de haber alcanzado el cumplimiento de un propósito tan arriesgado. En su "Memorial Impreso" para la Corte de España, confiesa que entró a ciegas, movido por el ideal del bien público, sin sospechar siquiera lo que le iba a costar, tanto en trabajo como en dinero. En este último aspecto, afirma que gastó cuatro veces más de lo que había calculado. Confesaba él mismo que se trató de "una empresa tan ardua y dificultosa, que habiéndola solicitado tantos por espacio de más de un siglo, solo se en-

cuentra haberla abandonado todos como inaccesible...". En cambio él "... con indecible desvelo, suma fatiga, imponderables riesgos, y muy crecidos gastos de su propio caudal, consiguió concluir perfectamente dicho camino...".[11]

La capital de la Gobernación era San Mateo de Atacames. Su idea era crear una población cada cinco leguas. Algunos de los pueblos que fundó fueron El Embarcadero, Limones y La Tola. En todos ellos edificó casas y templos, pues encontró que la religión andaba muy descuidada.

González Suárez, en su Historia General, aprecia en su justo valor esta obra del riobambeño: "Es incalculable cuánto sufrió Maldonado en esta empresa; su voluntad era constante, y no había obstáculos que no arrostrara, ni dificultades que no venciera; hizo plantaciones de gamalote, para que no carecieran de pienso las bestias que iban cargando los víveres para los trabajadores, y halagaba a estos acudiéndoles hasta con el tabaco a cada uno que tenía la costumbre de fumar. Así que el camino estuvo abierto, se ocupó Maldonado de establecer casas y cuidadores, distribuyéndolos a trechos en toda la extensión de la montaña; fabricó botes para los viajes por agua; congregó a los habitantes de la provincia en poblaciones bien organizadas, cambiando de sitio a las que se encontraban en lugares malsanos o en puntos demasiado alejados del camino que acababa de abrir, y enseñó a los indígenas, a los negros, y a los mulatos a manejar armas de fuego, disciplinándolos en la milicia, para tener una fuerza permanente con que defender a las poblaciones de la costa, amenazadas en aquella época por las invasiones piráticas de los corsarios".[12]

Su firmeza de voluntad se había impuesto sobre las barreras que le ofrecía la naturaleza. A mediados de 1740 se hallaba concluido el camino de herradura desde Cotocollao hasta la confluencia del río Caoné con el Blanco. El resto del recorrido hasta el mar se haría por agua.

La Audiencia designó para verificar la vía a Don José de Astorga. El comisionado recogió datos de las gentes de la región, durante siete meses; y llegó a afirmar que las fatigas y los trabajos sufridos en la obra fueron tantos que parecía una novela el relato que hacían los testigos consultados. El personaje central de esta novela era Maldonado, quien "para animar a la gente, y por precisión, andaba casi desnudo explorando y atravesando las montañas y adelantándose a romper las dificultades".[13] El 16 de abril de 1741 presentó su Informe. Este contiene detalles muy interesantes. Señala, por ejemplo, que a los peones se les pagaba a más de dos reales diarios; y a cuatro reales en los sitios peligrosos, porque tenían que trabajar pendientes de cabos y expuestos a muchos ries-

gos. El señor Astorga concluía que el Gobernador de Esmeraldas había logrado su propósito, por encima de todos los cálculos.

La Real Audiencia, en atención a este informe y a todos los testimonios recogidos, en noviembre de 1741 emitió un documento por el cual reconocía que el caballero Maldonado había cumplido "superabundantemente" su compromiso.

UN VIAJE HACIA LA ESPERANZA

¿Por qué el empeño de Pedro Vicente Maldonado en la apertura de esta vía? Sencillamente, porque creía que el factor económico era el más poderoso en el desarrollo de los pueblos. La apertura de esta vía facilitaría enormemente el comercio, disminuyendo las distancias y los peligros que presentaba el único camino que era utilizado desde Quito hacia Guayaquil, y eliminando el monopolio de ese puerto.

La región de Esmeraldas podía ofrecer, si es que se llegaba a introducir el orden en ella, una abundante producción de ganado, cacao, algodón, plátanos, cocos, madera de toda clase. Pero, esa enorme vena estaba abandonada. Casi no había población, pues a la época la estimación del número de habitantes no sobrepasaba los dos mil. Gran parte de estos pobladores había olvidado hasta la religión; el trabajo de la iglesia no podía efectuarse por ausencia casi total de caminos.

Sabía que con la apertura de la vía no iban a concluir sus fatigas y desvelos. Había que conservarla. Había que demostrar que era una obra que podía brindar utilidades a la Audiencia y a la población.

Para ello se requería de un buen gobernante. Ya lo había demostrado en Riobamba en los cargos que le tocó desempeñar. En su Gobernación de Esmeraldas, de la que se posesionó en abril de 1738, estaba todo por hacerse. Tomó, pues, las providencias aconsejadas para empezar con orden y eficiencia la administración. Es que, a más de su gran voluntad y de su extraordinario talento, poseía las cualidades de un buen jefe: "Sus dotes para gobernar con acierto eran raras: se hacía respetar, inspiraba temor y no había súbdito que no lo amara; estando ausente, bastaba invocar su autoridad, para que todo se pusiera en orden".[14]

(9) Revista "Siembra" No. 5, Colegio Maldonado, Riobamba, 1936, Nota editorial.

(10) P.F. Cevallos, "Resumen de la Historia del Ecuador".

Construir tambos, fabricar canoas o piraguas, organizar las poblaciones, atraer a los indios que se hallaban refundidos, infundir confianza en la población negra, fundar pueblos, levantar casas e iglesias, hacer trabajar a los curas doctrineros, frenar los abusos de algunos de ellos, convencer a la gente sobre la conveniencia de cultivar la tierra, traer ganado para fomentar la producción, atender a los viajeros que comenzaban a desembarcar en el puerto, guiarlos por el nuevo camino, enseñar a los pobladores el manejo de las armas para la defensa de los embarcaderos, nombrar y sostener a las autoridades en las nuevas poblaciones, mantener la correspondencia con el gobierno de Quito y con el de Panamá, eran esas las tareas urgentes a las que había que enfrentar.

Los recursos escaseaban. La Gobernación no contaba con fondos propios. Y aunque él mismo había comenzado a cultivar dos cacaotales y a introducir ganado en la nueva tierra, era poco lo que podía obtener de tanto esfuerzo.

El apoyo de sus hermanos le sirvió de mucho, pero no fue suficiente. La decisión del Obispo de Quito, Dr. Andrés Paredes de Armendáriz, de enviar en agosto de 1737 como visitador eclesiástico de la nueva provincia al Dr. José Antonio Maldonado, en algo vino a atenuar las penalidades. El buen sacerdote tuvo que realizar la tarea de evangelizar a los pobladores de Esmeraldas, que se consideraban como "salvajes". Se había dado, incluso, el extraño caso de un doctrinero, envidioso y brutal, que a más de dictar excomunión contra el Gobernador, había destruido a golpes de hacha la iglesia de Limones que acababa de ser construida.

En esos años había también una guerra entre España e Inglaterra. Los barcos ingleses recorrían los mares y amenazaban a los puertos de las colonias españolas. El Gobernador se preocupó de la situación y la afrontó como le correspondía. El nuevo camino demostró ser útil para transmitir informaciones entre Quito y Panamá para prevención de los acontecimientos; una piragua llevó en varias ocasiones el correo y alimentos a Panamá. Existen cartas de felicitación y gratitud del Presidente de esa Audiencia por estas patrióticas acciones.

Pero, hay algo más todavía. Como si todas las ocupaciones que hemos descrito no fueran suficientes para llenar una vida, el Gobernador Maldonado

---

(11) Pedro V. Maldonado: "Memorial Impreso", Madrid, 1744. Consta publicado en la recopilación de Documentos de José Rumazo G., 1948.

(12) Obra citada, Ariel 67, p.132.

se dio tiempo para continuar en la tarea de investigador. Recorrió todos los sitios, exploró todos los ríos y montañas, recogió todos los datos que podían proporcionarle los pobladores que se habían refugiado en las selvas. Nombró a varios ayudantes en esta búsqueda de información acerca de todo lo que podría servirle, en el afán de levantar el mapa y redactar la descripción de una región tan rica y tan largo tiempo abandonada.

Su "Memorial Impreso", una relación ordenada de esta obra monumental que es el camino a Esmeraldas, contiene en dos de sus ocho partes, el resultado de estas observaciones. Es la primera descripción científica de la provincia de Esmeraldas, con las posiciones, distancias, situación de los pueblos, número de habitantes, costumbres, tradiciones. Es un documento muy valioso sobre la historia y la geografía de esa provincia. Quienes han tenido la posibilidad de revisar el mapa de Maldonado se habrán dado cuenta de la prolijidad con que se han consignado en él los datos relacionados con esta porción importante de nuestro país.

¿De dónde sino de su entereza de ánimo obtenía fuerzas para concebir y para realizar tantas cosas? Porque hay que saber que se dedicó también a la construcción de un barco, y que ya había diseñado el astillero. Estimaba que en una región como Esmeraldas en que había abundancia de árboles, podían fabricarse embarcaciones usando la variedad de maderas que serían fácilmente transportadas por los ríos. Había pensado hasta en instalar una maquinaria movida por agua para cortar y aserrar esos árboles.

Todo lo tenía previsto. Entre las providencias que presentaría al Rey para un buen gobierno constaban: la confirmación de su título de Gobernador, la facultad de fundar pueblos, o de trasladar las poblaciones existentes a sitios más adecuados, el poder para poner orden en los curas doctrineros, para nombrar jueces, escribanos y más funcionarios, la autorización para formar el puerto de mar y construir piraguas para el correo y el comercio, y las medidas aconsejadas para incorporar a los indios Cayapas y otras naciones a este proyecto de desarrollo. Solamente al final de esas providencias se hacían constar el sueldo que pedía para reponer los enormes gastos y recompensar las fatigas soportadas durante los años de la mejor parte de su vida.

Por si esto fuera poco, el incansable Maldonado se propuso abrir otro

(13) P. V. Maldonado: "Memorial Impreso", Madrid, 1744. Transcrito en la obra ya citada de José Rumazo.

camino a fin de comunicar a San Miguel de Ibarra con el pueblo de La Tola, incorporando así otro sector del norte de la Audiencia con la zona occidental. Es el llamado camino de Malbucho. Los trabajos solamente se iniciaron, pues, aparte de ciertas dificultades surgidas por la incomprensión de algunas gentes, el patriota riobambeño se hallaba ya casi sin recursos y tenía que ausentarse del continente.

El camino había costado mucho dinero y esfuerzo. Así se manifiesta en la Representación que el Cabildo de Riobamba envió al Rey en 1743: "… siendo constante que por dicha empresa ha pospuesto los propios intereses que tenía en sus haciendas de la jurisdicción de esta villa".

SUEÑO Y REALIDAD

Todo hacía prever que para la lejana provincia noroccidental de la Presidencia de Quito estaba llegando la redención material y espiritual a través de ese camino que se había trazado por montes, selvas y ríos.

Las cosas estaban en regla. Faltaba solamente el reconocimiento oficial de España. A partir de 1741 Pedro Vicente estaba dispuesto a cruzar el océano para contar al Rey y al Consejo de Indias todo lo que había realizado y todas las ventajas que podían derivarse de la nueva vía.

En su gran corazón había muchas esperanzas. Confiaba en que sus proyectos serían aceptados y que sus demandas serían concedidas, no para su propio interés, que siempre lo había colocado en segundo plano, sino para el mejoramiento de su patria.

Con ese sentimiento partió a España a fines de 1743, luego de efectuar la proeza de recorrer el otro extremo del país, en un viaje que colocó juntas en la mente del sabio dos regiones que dos siglos y medio después se unirían en torno al oro negro.

Sus gestiones en la Corte tuvieron el éxito que ansiaba. El informe del Consejo de Indias acerca de su Memorial fue ampliamente favorable. El 23 de octubre de 1747 se dictaron nada menos que 15 cédulas reales, mediante las cuales se concedían todas las peticiones de Maldonado en torno al camino, al gobierno, los títulos, la jurisdicción, el sueldo, las poblaciones, el control sobre la acción de los sacerdotes de la provincia, los nombramientos de funcionarios.

---

(14) González Suárez, "Historia General del Ecuador", Ariel 67, p. 132.

El sueldo de 4.600 pesos anuales era una recompensa a todo lo que había invertido de su caudal; y era también una garantía para el mantenimiento de la obra y de la administración de una provincia que prácticamente había que colonizar. La concesión de estos privilegios por dos vidas establecía la seguridad para su hija, a la que no podía dejar mejor herencia.

La Corte había sido generosa con el criollo que venía de los territorios de la Audiencia de Quito. Le había concedido el título de Caballero de la Llave de Oro y Gentilhombre de Cámara de Su Majestad. Le había otorgado también el título de Marqués de Lises para su hermano Ramón Joaquín, el cual había contribuido notablemente para la obra del camino.

Se podría decir que el sacrificio no había sido en vano. El ánimo de Maldonado se sintió grandemente reconfortado con los favores que se le concedían. Deploraba únicamente que no le hubieran atendido en la solicitud del título de ciudad para Riobamba, la querida cuna de su nacimiento.

Tenía, por añadidura, el respaldo que le ofrecían sus amigos franceses y los otros amigos que iba conquistando en Europa. Ahora le tocaba pensar en su regreso a la patria, con el alma llena de nuevos proyectos y los baúles repletos de diseños y de instrumentos para fomentar las artes y las ciencias. Prolongó un tiempo más su estadía en París y pasó en 1748 a Londres, en cuya Sociedad Geográfica fue gratamente recibido.

Pero no logró gozar él del triunfo que había obtenido a costa de tanta fatiga, porque le sobrevino la muerte. Tampoco pudo hacerlo su hija Juana, casada en 1750 con Manuel Díez de la Peña. La Corte no aceptaría, 30 años más tarde, la petición del nieto de Maldonado, Nicolás de la Peña, de reabrir el camino y hacerse cargo de la Gobernación de Esmeraldas por la mitad del sueldo que se había concedido a su constructor.

Todos los que informaron acerca del camino de Esmeraldas coincidieron en que la ausencia del Gobernador a Europa y su inesperada muerte impidieron la conservación de la vía y el aprovechamiento de su enorme utilidad. A pocos años de desaparecido el sabio geógrafo, como era de preverse, el camino volvió a cubrirse de matorrales y de malezas; los pueblos fundados por el Gobernador regresaron al abandono.

Además, salieron a relucir inmediatamente el odio y la incomprensión. El Virrey de Santa Fé, Sebastián de Eslava, sin preocuparse de recabar la información necesaria a través de buenos testimonios, envió una comunicación a España calificando la vía a Esmeraldas como carente de utilidad, y más bien como

contraria a los intereses del Estado, porque era propicia para el desarrollo del contrabando (¡!). El comisionado Don José de Astorga, que tan favorablemente había informado sobre la realidad que había observado, fue juzgado en 1751 como un falseador de la verdad. El Rey Fernando VI, en octubre de 1755, impuso silencio perpetuo sobre los despachos otorgados a favor de Pedro Vicente Maldonado; y en diciembre del mismo año, decretó que no se podía admitir proposición alguna sobre este asunto.

A finales del siglo 18 se dio otro intento de reparar el daño y el olvido, pero todo fue en vano. La provincia de Esmeraldas quedó definitivamente aislada de la capital del gobierno de Quito durante los últimos años de la Colonia. Con la emancipación, las cosas tampoco variaron.

Tuvimos que esperar más de dos siglos para que los administradores de la República volvieran los ojos a esta región del país. Ya bien avanzado el siglo 20, nos entregaron un ferrocarril, Ibarra-San Lorenzo, que ha funcionado más mal que bien, y una carretera, Quito-Santo Domingo-Esmeraldas, que ha tardado varios decenios en terminarse. Más reciente fue la otra carretera: Calacalí-Los Bancos, que sigue más de cerca la ruta del camino de Maldonado.

Transcurrieron más de 200 años de abandono de tierras fértiles, con salida al mar, más cercanas al canal de Panamá y al tráfico internacional con el resto del mundo. Más de 2 centurias en que nuestra patria ha tenido que esperar que un nuevo milagro de la naturaleza viniera a abrirnos los ojos frente a la realidad.

Porque fue la aparición del petróleo en el Oriente la que permitió descubrir, en la segunda mitad del siglo 20, la importancia que tenía para la economía nacional la provincia de Esmeraldas. La incorporación de nuestro país a la producción petrolera nos hizo saber a los ecuatorianos, entre incrédulos y pasivos, que en esa provincia que Maldonado quiso hacer parte efectiva de la nación antes de que esta se llamara Ecuador, existían puertos por donde podían salir, desde las entrañas de nuestra tierra, los millones de barriles de petróleo, que permitirían a su vez el ingreso de los millones de dólares que, por esos injustos manejos de la riqueza, no serían suficientes para satisfacer las necesidades de los millones de pobladores.

Maldonado fue, por consiguiente, un visionario en este aspecto. Abrió con tanta ilusión ese camino que debía ser el hilo conductor del progreso. ¡Quién se hubiera imaginado que, después de dos siglos de silencio y de olvido, la historia le pudiera dar la razón precisamente en el empeño, gigantesco

por su realización y su posterior fracaso, de unir la capital de la nación con la región costanera de Esmeraldas!

Ese camino, hoy, se ha convertido en ríos de divisas, no solamente por la exportación del oro negro, sino también por la enorme potencialidad agrícola de la zona. Se ha producido el milagro de la multiplicación de los dos cacaotales y de las setenta cabezas de ganado que Maldonado dejó allí como una fecunda semilla. Pero nadie podrá justificar el secular abandono en el que se hizo desvanecer uno de los sueños más hermosos y prometedores de éxito, realizado a base de potente lucha contra todo y contra todos.

Por esta sola obra en particular, creemos que Pedro Vicente Maldonado merece el calificativo de patriota singular. Un contemporáneo y coterráneo suyo, Juan de Velasco, se propuso escribir una Historia del Reino de Quito, dándole a esta colonia española en América el carácter de unidad política que iba a tener en el siglo siguiente. Podemos decir de él que fue un verdadero padre de la Historia del Ecuador, antes de que existiera un país con ese nombre. A Maldonado, por su parte, podemos llamarlo patriota ecuatoriano, porque sintió la nacionalidad y porque quiso cimentarla con obras destinadas a su engrandecimiento. Así opinaron el Dr. Augusto Velasco Montesdeoca, Luis Cornejo Gaete y Remigio Romero y Cordero, en artículos de la Revista "Siembra", en 1948.

Muy pocos han reconocido en este hombre la cualidad del patriotismo. Muy pocos le dieron ese mérito por la realización de una obra sin par, cubierta luego por el polvo de la indiferencia.

Una de las apreciaciones justas en este asunto, con la que cerramos este capítulo, procede de don Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre, Presidente de la Real Audiencia de Quito, en un informe enviado a España en 1755:

"La Provincia de Esmeraldas ha estado desde la antigüedad inculta, o por el esmero que se llevaban otras, o por ignorarse la fertilidad y hermosura de aquel país. A él se nominaron distintos Gobernadores, y como el destino era empresa que se dirigía a una conquista, anduvo menos que despierta la resolución, hasta que la de Don Pedro Vicente Maldonado Sotomayor, varón de elevado espíritu y esclarecida conducta, a quien confirió este Gobierno Soberano por el tiempo que durase su vida y la de su hijo la Gobernación, con la asignación de 4.600 ducados de renta anual, la emprendió zanjando camino desde esta Ciudad a aquella Provincia, que estableció los términos de hacer ver la preciosidad que ella contiene, y hubiera sin duda llegado a mayor aumento si el fin de su estimable vida no se hubiera opuesto a los progresos de la conquista".[15]

CAPÍTULO IV

LA CARTA GEOGRÁFICA DE QUITO

CARTOGRAFÍA: CIENCIA Y TÉCNICA

A poco tiempo de haber sido descubierto el Nuevo Mundo, comenzaron a ser elaboradas las cartas geográficas de las nuevas tierras. Precisamente una de esas cartas, firmada por el italiano Américo Vespucio, fue la que dio el nombre de América a los territorios descubiertos por Cristóbal Colón y colonizados por españoles, portugueses, franceses, ingleses, holandeses.

Durante la conquista y la colonización de esta parte del mundo, que para muchos seguía siendo Las Indias, hubo algunas personas que, conocedoras de la materia, se preocuparon de trazar mapas de las regiones que se iban explorando y conquistando para la corona española o portuguesa.

En lo que se refiere a la Real Audiencia de Quito, el primer mapa que se conoce es de la segunda mitad del siglo 17 (hacia 1660), de autor anónimo, con el título de "Descripción de la Audiencia de Quito". A finales del mismo siglo, un misionero jesuita de origen alemán, el P. Samuel Fritz, dibujó el primer mapa de la hoya del Marañón o Amazonas, con la ubicación de las parcialidades indígenas que habían sido evangelizadas por los religiosos. Este mapa, elaborado en 1691, fue grabado después en Quito en 1707 y se convirtió en un valioso documento.

Fue necesario esperar al siglo 18 para que se confeccionaran verdaderos mapas de toda la Provincia o Real Audiencia de Quito. Para entonces, ya se podía disponer de instrumentos un poco más precisos a fin de señalar en las cartas las distancias entre los sitios, la altura de las montañas, los cursos de los ríos. En ese siglo se delinearon los mapas de Maldonado, La Condamine, Alcedo y Herrera, uno anónimo, y el del P. Juan de Velasco, como parte de su Historia del Reino de Quito.

Vale la pena indicar que en estos trabajos geográficos de gran categoría

tuvieron influjo especial los miembros de la Misión Geodésica y los Guardias Marinos españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa que los acompañaron, entre 1736 y 1743.

EL MAPA DE MALDONADO

Hemos visto en páginas anteriores que Pedro Vicente Maldonado llegó a obtener un título de Maestro en el Colegio Seminario de San Luis, en el que funcionaba la Universidad de San Gregorio. Eso le significó una preparación muy esmerada en las disciplinas que se impartían en la época. Pero, ninguna de esas asignaturas podía capacitarlo para el cabal dominio de las ciencias exactas o de las ciencias naturales.

Fue, entonces, su propia dedicación, a través de todas las oportunidades afanosamente buscadas, la que le permitió colocarse entre los grandes científicos de su tiempo.

Una buena ocasión para ejercitar su talento en esta clase de observaciones fue su primer viaje a la zona de Canelos en 1725, en apoyo de las misiones de sus amigos jesuitas, para la apertura de caminos. Se formó entonces en su cerebro la idea de trazar una Carta Geográfica de la Real Audiencia de Quito. Los conocimientos que iba adquiriendo en esta exploración le iban a servir enormemente en su trabajo cartográfico. Comenzó, con los escasos e imprecisos instrumentos que poseía, a recoger datos, a efectuar mediciones, a levantar croquis, a dibujar mapas que más tarde le serían de suma utilidad para la descripción de las zonas bañadas por los ríos Bobonaza y Pastaza. Es muy probable que hubiera conocido el trabajo cartográfico del P. Fritz sobre las tierras del Marañón, pues ese mapa había sido grabado pocos años antes.

Diez años después, encontramos a nuestro hombre en la zona noroccidental de la Audiencia, concentrado en la empresa de abrir el camino entre Quito y Esmeraldas. Las experiencias y observaciones que fue acumulando en esa región, que recorrió palmo a palmo, lo llevaron a ampliar su idea de trazar la carta geográfica de todo el territorio de Quito. En sus cuadernos de apuntes hacía constar todo: ríos, quebradas, montañas, pequeños poblados, restos arqueológicos, distancias calculadas, observaciones acerca del clima y la producción, perfil costanero, puertos, caminos...

Con este material, se puso a confeccionar el mapa de su patria. De sus diestras manos fue saliendo, con toda precisión, la Carta Geográfica de la Pro-

vincia de Quito. La tenía casi concluida cuando conoció a La Condamine y a los demás académicos, que venían con iguales aficiones. La amistad que Maldonado trabó con ellos contribuyó al mejoramiento de la obra. Podía disponer ya de instrumental más preciso y adecuado para su trabajo. La Condamine le prestó una brújula especialmente diseñada para el caso, y le incentivó constantemente en la obra, pues conocía el mérito del buen criollo americano, como fruto de su iluminado talento.

Trabajaron juntos largo tiempo en este mapa. Confrontaron los trazos en varias ocasiones. Se confiaron sus mutuas dificultades. Investigaron las demás obras que sobre la materia estaban realizando los compañeros de la Misión, o las que habían sido confeccionadas por los misioneros de las regiones orientales. Finalmente, el viaje por el Amazonas hasta el Atlántico en 1743 unió nuevamente a los dos amigos en la tarea de explorarlo y dibujarlo todo. De ese modo, estuvieron en condiciones de concluir, cada uno por su cuenta, la Carta de Quito que ambos imprimirían en Europa.

Cuando Maldonado llegó a España en 1744 dio a conocer a las autoridades de la Corte todo el caudal de sus investigaciones. Recibió muchas felicitaciones por ello, pero no hubo ninguna promesa de imprimir el mapa. En Francia, por recomendación de La Condamine, depositó los materiales en manos del señor Juan Bautista d'Anville, geógrafo del Rey y miembro de la Academia Imperial de Petersburgo, para que comenzara la grabación, la que corrió a cargo de Guillermo Delahaye. El autor supervisó personalmente la grabación y dio indicaciones para la precisa ubicación de ríos y poblados.

A la muerte de Pedro Vicente, la grabación no estaba concluida aún. Fue el propio La Condamine, fiel a la amistad, el que se encargó de llevar a feliz término la obra. En 1750 se efectuó la primera edición de esta Carta Geográfica, que llevaba el siguiente título, en francés: "Carta de la Provincia de Quito y sus Adyacentes, obra póstuma de don Pedro Vicente Maldonado, Gentilhombre de Cámara de Su Majestad y Gobernador de la Provincia de Esmeraldas. Hecha sobre las observaciones astronómicas y geográficas de los Académicos Reales de Ciencias de París, y de los Guardias Marinas de Cádiz, y también de los RR. PP. Misioneros de Mainas. En que la Costa, desde la Boca de Esmeraldas hasta Tumaco, con el camino de Quito al Marañón y el curso de los ríos Bobonaza y Pas-

---

(15) "Documentos para la Real Audiencia de Quito", recopilación de José Rumazo, Madrid, 1948.

taza, van delineados sobre las propias demarcaciones del difunto Autor.- Por el Señor D'Anville, Geógrafo de Su Majestad Cristianísima, de la Academia Imperial de Petersburgo.- Sacada a luz por D.C.D.L.C.- París, 1750". (Las iniciales al final corresponden a Don Carlos de La Condamine).

Según el documento de Luis Paz y Miño que hemos consultado, hay una edición de este Mapa, del año siguiente, hecha en París igualmente, por orden y a expensas de Su Majestad, el rey de España. En esta edición no se hacen constar los nombres de D'Anville ni de La Condamine.

Las cuatro planchas en que se grabó el mapa fueron entregadas por el académico francés al Embajador de España, para que fueran remitidas al Rey, conforme se había resuelto. Sin embargo, la edición de la Carta de Maldonado en Madrid no se hizo sino más de un siglo después, en 1886.

Se hicieron dos reproducciones fotomecánicas de este mapa, en menor formato, por el Instituto Geográfico Militar del Ecuador, en Quito, ya en el siglo 20.

Las planchas fueron entregadas por España al gobierno del Ecuador en 1947. En la actualidad se conservan en la ciudad de Riobamba, en el Archivo de la Municipalidad.

UNA OBRA DE GRAN MÉRITO

Uno de los grandes méritos de este mapa de la Provincia de Quito es el de haber sido trazado por un americano de la primera mitad del siglo 18, cuando en esta parte del mundo la ciencia de la cartografía no tenía casi ningún adepto.

Pero, por sobre el parámetro del tiempo, está la dimensión de la calidad. El trabajo científico de Maldonado no desmerece en absoluto del que efectuaron, casi simultáneamente, La Condamine y Bouger. Al contrario, los franceses se basaron en los datos del riobambeño para sus obras en este campo y le reconocieron ampliamente su valor. Los testimonios de los geodésicos de Francia y España son una entusiasta aceptación de la capacidad que imprimió el sabio americano en esta obra.

Las frases de La Condamine en su Diario son muy elocuentes: "Yo trabajaba al mismo tiempo con don Pedro Vicente Maldonado en la Carta de la parte septentrional de las costas de la provincia de Quito que él acababa de recorrer; él me comunicó sus rutas, sus distancias calculadas y las corrientes de los vientos que él había observado con una brújula fabricada expresamente pa-

ra ello, que yo le había enseñado a manejar. Sobre estas indicaciones y sobre las memorias que él había recogido en el sitio, tuvimos información suficiente para trazar la costa desde el río Verde hasta las desembocaduras del río Mira, y los cursos del río Santiago que don Pedro había remontado: todo esto añadía un nuevo fragmento a la Carta que yo había enviado a la Academia en 1736". El sabio francés afirma también que tomó para su mapa los datos que Maldonado había aportado sobre la región oriental que había recorrido en su juventud y que cruzó de nuevo al regresar a Europa por el Amazonas. Las observaciones que hicieron los dos amigos en este viaje fueron de sin igual valor para el delineamiento definitivo de sus respectivos mapas en París.

Pero el mayor mérito del autor fue el de haber sido de los primeros en haber dado a nuestras tierras la configuración de unidad nacional.

Por documentos de los siglos 18 y 19, se conoce que este mapa fue muy consultado. Para destacar su mérito, vamos a consignar algunas apreciaciones de diferentes escritores y hombres de ciencia sobre esta Carta Geográfica de Maldonado.

Del Oidor Juan Romualdo Navarro[16]: "... la carta de Pedro Vicente Maldonado... cuya prolija exactitud del curso de los ríos y situación de los lugares en todo lo que personalmente observó y especialmente en lo que toca a su Gobernación de Esmeraldas, excede y hace muchas ventajas a todas las demás cartas geográficas que hasta ahora se han formado de esta Provincia...".

Del P. Juan de Velasco[17]: "... Maldonado... presentó en la Corte un excelente mapa, que como geógrafo había formado del Reyno de Quito, sobre sus propias observaciones, y sobre las de los antiguos y modernos misioneros jesuitas. Esta obra que a la verdad puede llamarse perfecta, se grabó en París, a costa suya, en cuatro láminas grandes, las cuales se mandaron llevar después a las covachuelas de Madrid".

Del granadino Francisco José de Caldas: "Maldonado levantó la Carta de la Provincia de Quito, el más bello monumento de su ilustración y patriotismo. Es, sin contradicción, el más bello trozo de nuestra geografía, y el más sólido monumento a la gloria de este Americano".

De Alejandro de Humboldt: "A excepción de los mapas de Egipto, y de algunas partes de las Grandes Indias, la obra más cabal que se conoce respecto de las posiciones ultramarinas de los europeos es, sin duda, el Mapa del Reino de Quito hecho por Maldonado".

De Teodoro Wolf: "El monumento más duradero que Maldonado mis-

mo se ha erigido es, como ya se ha dicho, su Mapa Grande del Reino de Quito, Mapa que ha servido de fundamento a los posteriores de Velasco, de La Condamine, y de cuantos se han preocupado de la Geografía del Ecuador, y sobre el cual Humboldt formó un alto concepto, elogiándolo como uno de los mejores que en su tiempo existieron de países no europeos".

De González Suárez: "...uno de esos geógrafos y viajeros fue don Pedro Vicente Maldonado, a quien debemos la mejor Carta geográfica que en la antigua presidencia de Quito y hoy República del Ecuador se haya levantado hasta ahora. Varios mapas de nuestra República se han trazado después, pero el de Maldonado continúa siendo todavía, sin disputa, el más completo, el más exacto, el más fiel, el mejor trazado. La Condamine lo tuvo como documento precioso para la Geografía descriptiva de América, y Humboldt lo elogió, calificándolo de una de las mejores cartas geográficas que de las posesiones europeas ultramarinas se tenían entonces, y el tiempo no ha desmentido el elogio de este insigne sabio. El mapa de Maldonado es una obra de un criollo riobambeño de mediados del siglo decimoctavo..."[18]

Velasco, Caldas, Wolf, Humboldt, González Suárez, nos parecen nombres más que célebres para consagrar la gloria de un hombre que supo encumbrarse sobre la medianía de su tiempo.

Existen varias copias de esta valiosa joya; una de ellas se halla, desde el año 1922, en la Biblioteca del Colegio Maldonado de la ciudad de Riobamba, como una incitación a la juventud para el cultivo de la ciencia.

CAPÍTULO V

EXPLORACIÓN DEL AMAZONAS

EL PRIMER ENCUENTRO CON LA SELVA

Como se ha relatado ya, en 1725 se le ofreció al joven Maldonado una hermosa oportunidad para demostrar sus aptitudes. Los misioneros jesuitas de la región de Canelos le solicitaron que entrara a explorar unas naciones de indios gentiles y a registrar el camino más cómodo que requerían para su trabajo.

Era una tarea que parecía estar en sus planes. Realizó el viaje a pie, sin importarle los peligros a los que podía exponerse. Nadie le financiaba la expedición, que fue cubierta con su dinero. Su primer contacto con la selva le renovó el interés por la vegetación, la vida animal, los cursos de los ríos, las costumbres de los habitantes. Siempre estuvo con el ánimo despierto para todo lo que correspondía a la naturaleza. Era un enamorado de ella.

El encargo fue cumplido a satisfacción de los misioneros. Por esta acción debe ser considerado Maldonado como el precursor en la apertura de vías de penetración al territorio amazónico del Ecuador, por la ruta Baños-Canelos-Bobonaza-Pastaza. En el siglo 18 esta vía será utilizada por muchos viajeros para salir al Atlántico.

EL GRAN VIAJE EXPLORATORIO

El fin de los trabajos de la Misión Geodésica en el territorio de Quito no significó el término de las relaciones tan estrechas que se habían establecido entre el sabio La Condamine y Maldonado. Este tenía el proyecto de viajar a Es-

(16) Navarro: "Idea del Reino de Quito", 1761-1764. Consta en la recopilación de Documentos de la Real Audiencia, de José Rumazo.

paña para hacer conocer al Rey el resultado de sus fatigas, especialmente lo relacionado con el camino a Esmeraldas y el gobierno de esta vasta zona. Quería, con el apoyo de la Corte, construir un buen puerto y levantar allí un astillero. Su amigo La Condamine le propuso que llevaran a cabo juntos el viaje a Europa por la región del Amazonas, pues tenía interés en observar esos territorios a fin de completar sus estudios. El francés tenía mucha confianza en la compañía de Maldonado para efectuar ese recorrido y lo sabía incapaz de dejarse atemorizar por las dificultades. Ya lo había constatado en la construcción de la vía a Esmeraldas. Maldonado aceptó gustoso, contra la voluntad de sus amigos y familiares, que trataron de disuadirlo a causa de los riesgos que ofrecía la empresa.

Con el cuidado que le caracterizaba, y mientras llegaba el momento de la partida, ordenó en los primeros meses del año 1743 todos sus asuntos, especialmente los económicos. Su esposa había fallecido en 1740; le quedaba solamente una hija, que sería la beneficiaria de todos sus bienes. Dispuso lo necesario para que la niña contara con la adecuada tutela de sus abuelos maternos. Sus hermanos José Antonio y Ramón Joaquín velarían por la conservación y adelanto de sus propiedades. Ellos recibieron, a más de otras personas amigas de la familia, los poderes encaminados a asegurar el gobierno de Esmeraldas y a conceder testamento en caso necesario. Hizo las transacciones tendientes a contar con dinero de respaldo para la travesía y para las gestiones que pensaba realizar en la Corte.

Dos meses antes de salir hacia la selva, en marzo 10 de 1743, Maldonado contrajo un segundo matrimonio con doña María Ventura Martínez de Arredondo, viuda también de Tomás Centeno del Villar. No quedó ninguna descendencia de este segundo enlace.

La villa de Riobamba sentía el alejamiento de uno de sus hijos más apreciados. Puso en sus manos una recomendación para la Corte y una petición al Rey para que le fuera otorgado el título de ciudad. Maldonado estaba feliz por poder llevar a cabo algo más por el bien de su tierra.

Visitó sus propiedades en la zona de Cotaló y Guambaló, y se dispuso a comenzar otra de las hazañas de su vida.

Se lanzó a esa expedición, iniciándola en una zona conocida para él desde 1725: la ruta desde Baños hasta Andoas, por el río Bobonaza. Desde allí, la navegación se realizaba por el Pastaza. Debía encontrarse con La Condamine,

---

(17) Velasco: "Historia del Reino de Quito".

que avanzaba por el sur (Loja, Pongo de Manseriche), en la población de La Laguna, centro de las misiones jesuíticas de Mainas.

Llegó a la desembocadura del Pastaza sobre el Amazonas el 1 de junio. Allí, en un árbol, como estaba convenido, dejó una nota para su amigo. Y se detuvo a esperarlo 6 semanas en Santiago de La Laguna, adonde llegó La Condamine el 19 de julio.

Se hicieron con esmero los preparativos para la gran exploración del famoso río. Ordenaron, en primer lugar, sus cuadernos de apuntes, los mapas de la región confeccionados por los jesuitas, los instrumentos para diseños y croquis.

El relato de esta aventura por la región amazónica ha sido hecho con detalle por el sabio francés en su Diario. Desde la salida de la población de La Laguna, hasta la partida de Maldonado a Lisboa en diciembre de 1743, ese documento va contándonos todas las peripecias que fueron compartidas por ambos, en el afán de enriquecerse con los descubrimientos que esa exuberante naturaleza les ofrecía. Por esas páginas desfilan, junto con las canoas que surcan el rey de los ríos, los pueblos, las misiones españolas y las portuguesas, hasta el Gran Pará.

El 23 de julio, dos canoas que conducían a los 2 científicos y su equipaje, empezaron el recorrido que aportaría mucha información a la geografía y a las ciencias naturales.

El 1 de agosto llegaron a Pevas, la última misión española, después de haber pasado por el pequeño pueblo de los Yameos, observando las bocas del gran río Ucayale, la población de San Joaquín de los Omaguas, y la desembocadura del río Napo, que nace en la cordillera andina.

En este trayecto estudiaron juntos el curare, veneno de las flechas fabricadas con madera de palma y lanzadas por medio de cerbatanas; y las costumbres de los indios de la zona. Anotaron, por ejemplo, que había una ausencia casi total de vestimenta, y que los aborígenes se adornaban con plumas en sus fiestas. Los conocimientos que Maldonado tenía del quichua y de otras lenguas les fueron muy útiles e iban a seguir siéndolo.

Desde Pevas, de donde salieron la noche del 1 de agosto, el recorrido adquiría mayores riesgos. Por seguridad, los expedicionarios iban bien armados; pero no tuvieron necesidad de recurrir a esas armas. Avanzaban por el gran río

---

(18) González Suárez, obra citada, Ariel 86, p. 86.

a marchas forzadas, día y noche, sin detenerse, turnándose en las observaciones, consignando todas las novedades para sus relaciones y sus mapas. Pedro Vicente tenía el encargo de marcar los cambios de ruta y la duración de ellos, desde las 6 hasta las 9 de la mañana.

La primera de las cinco misiones en territorio portugués del Brasil se llamaba San Pablo. Allí se detuvieron el 5 de agosto. Evocaron el recuerdo del P. Samuel Fritz, que completó su labor de misionero con la de explorador y autor de un mapa. Pedro Vicente recordó también los duros problemas que tuvo que soportar el P. Fritz de parte del gobierno de Portugal. Temía que le sucediera lo mismo, pues las relaciones entre las dos monarquías eran tirantes, por asuntos de dominio territorial sobre la América conquistada. Convinieron con su amigo en que, mientras durara su permanencia en tierras portuguesas, no debía presentarse como español sino como francés, integrante de la Misión Científica de la Academia. Así se cumplió, a pesar de que las autoridades dieron a los dos una acogida llena de deferencias.

Continuando con el recorrido, arribaron a la última misión, llamada Coarí, en donde permanecieron 6 días, dedicados a su tarea de investigadores. En su avance por la selva y por el río iban descubriendo nuevos sitios: el río Negro, el fuerte Portugués, el río de Madeira, el fuerte Pauxis, la desembocadura del río Topayos y la fortaleza del mismo nombre. En ella examinaron unas piedras verdes de jade, con huecos, que procedían, según les informaron, de las legendarias Amazonas que habitaban por esas regiones. Era ya el mes de septiembre, la sexta semana de su travesía.

Observaron una cadena de montañas, que correspondía al sur de Cayena, territorio francés de la Guayana. Por los canales naturales atravesaron el río de Chingu para llegar a la villa-fortaleza de Curupa y luego avanzar hasta el río Pará.

El Gobernador los recibió con distinciones especiales: descarga de salvas, revista de tropas, tres días continuos de fiesta.

El 19 de septiembre llegaron al Gran Pará, en donde volvieron a ser objeto de benévola acogida. En tanto que se arreglaba la casa en que iban a vivir, los 2 viajeros se hospedaron en el colegio de los jesuitas.

Pedro Vicente se sintió muy a gusto en esa ciudad durante 6 semanas. La compañía de su amigo le había sido siempre agradable. Finas atenciones los rodearon de parte de los portugueses. Aprovecharon el tiempo disponible para poner en orden las notas de sus diarios y los datos de sus informes y memorias,

y para revisar los trazos de sus mapas. Constataron que el viaje había sido muy fecundo para la amistad y para la ciencia.

Mas, la intención de Maldonado no era quedarse en los dominios del rey de Portugal sino surcar el Atlántico y conquistar Europa.

Dejando con pesar las comodidades del Pará, se embarcó el 3 de diciembre en una flota portuguesa, para continuar la navegación hacia su nuevo destino. Previamente, los dos amigos se hicieron depositarios mutuos de sus documentos, de sus memorias y de su última voluntad. Pedro Vicente llevaba una copia del "Extracto de Observaciones" de La Condamine, que debía entregar al Embajador de Francia en la Corte de Lisboa.

A esa ciudad llegó en febrero de 1744. El señor de Beauchamp, Encargado de Negocios de Francia, le ofreció alojamiento en su casa, con la mayor consideración. Disfrutó de esa hospitalidad por pocos días, pues partió enseguida a Madrid, en cuya Corte esperaba hallar la recompensa a su entrega total en bien de la patria, y la respuesta a todos sus proyectos.

CAPÍTULO VI

EL PODER DE LA AMISTAD

UN CARÁCTER LLENO DE BONDAD

Hemos esbozado en párrafos anteriores la fisonomía de Pedro Vicente Maldonado. Nos hemos detenido un poco más en las obras que consideramos fundamentales para él y su patria: el camino a Esmeraldas, el mapa de la Provincia de Quito, la exploración del Amazonas.

Nos gustaría decir algo acerca de los rasgos de su carácter y el valor que dio siempre a la amistad.

El joven riobambeño, de acuerdo con quienes lo trataron, tenía un carácter superior, que lo inclinaba a la bondad, a la justicia, a la ecuanimidad. Todas las personas que compartieron algo de su vida coincidieron en afirmar que sus modales eran de una gran delicadeza, aunque sabía ser enérgico cuando las circunstancias así lo exigían.

Generoso, desprendido, virtuoso. Su forma de actuar, unida a su indiscutible talento, le generaron la amistad de muchas personas de su tierra, y el cariño de sus hermanos y cuñados. Recordemos que tanto Ramón Joaquín como José Antonio estuvieron siempre junto a él, listos a apoyarle en sus trabajos y a brindarle el afecto que le era necesario para no desalentarse frente a lo grandioso de la tarea emprendida.

Su simpática figura atraía confianza. La grandeza de su espíritu lo llevaba a alternar con sus semejantes en un plano de comprensión. En la sociedad colonial, opresora y segregacionista, procuró ser siempre justo con los peones y los indios en materia de salarios.

LOS ACADÉMICOS, LOS MALDONADO, Y RIOBAMBA

Cuando llegaron a tierras de Quito los académicos, Pedro Vicente sintió una singular alegría. Era la oportunidad más grata de su vida para conocer a hombres que venían precedidos por la fama de su saber. Era la ocasión para establecer contacto con personas diferentes a las que frecuentaba, no siempre atentas a las preocupaciones culturales y científicas.

La amistad que nacería de este acercamiento espiritual no fue difícil. La Condamine había oído hablar mucho acerca del esforzado varón que en ese tiempo estaba construyendo un camino a Esmeraldas, zona por donde había cruzado el francés antes de llegar a Quito en mayo de 1736. La comunicación se estableció inmediatamente. Tenían mucho en común. Eran hombres con incontenible sed de conocimientos. La diferencia de lengua no fue ningún impedimento: el riobambeño, como buena parte de sus familiares, conocía el francés.[19]

La amistad con La Condamine se prolongó por muchos años y traspasó los linderos impuestos por la muerte. Igual sucedió con los otros integrantes de la Misión. Los franceses visitaron varias veces Riobamba, desde septiembre de 1738. Las familias nobles de la villa, los Dávalos, los Villavicencio, emparentados con los Maldonado, se prodigaron en atenciones hacia los visitantes extranjeros. Los recibieron en sus elegantes mansiones urbanas o en sus estancias o haciendas de Elén, Sabañag, Igualata. La Condamine recuerda con especial afecto a Don José Dávalos y a sus tres hijas (María Estefanía, Magdalena, Josefa), a quienes llama "las tres Musas francesas de la provincia de Quito". Fueron igualmente bien recibidos y agasajados por los hermanos Maldonado y otros familiares.

Esa demostración de aprecio se hizo presente cuando los científicos necesitaron respaldo económico. Los hermanos Maldonado, por insinuación de Pedro Vicente, se ofrecieron como garantes de La Condamine, quien llevaba la gerencia de la expedición, para las transacciones que tuvo que realizar a fin de conseguir recursos económicos: "... Necesitaba yo una caución ante los tesoreros reales. Don Pedro Maldonado, Gobernador de la Provincia de Esmeraldas, no esperó sino ese momento para ofrecerme su garantía y la de sus hermanos. Quiso, además, prestarnos, por mi intermedio, la suma de 12 mil pesos. Pero, las letras de cambio que llegaban de Francia y cuyo aviso recibimos en aquellos días hicieron, por entonces, inútiles sus gentiles ofrecimientos".[20] En otra ocasión, Pedro Vicente prestó dinero a Luis Godin, el jefe de la Misión; esa deuda fue cobrada años más tarde en París.

Las amistosas relaciones se extendieron a la familia Maldonado y a la villa de Riobamba. Don Ramón Joaquín, que vivía en Quito, acompañó a La Condamine en sus primeras gestiones y hasta intervino en cierto negocio por el cual fue amonestado el francés por las autoridades de la Audiencia. El otro hermano, el Dr. José Antonio, tantas veces citado en estas páginas, prestó toda la ayuda que pudo a los académicos. En ese tiempo estaba al frente del curato de El Quinche, cercano a Yaruquí, sitio en donde se levantarían las pirámides de Caraburo y Oyambaro, que tuvieron una historia particular. En casa del Dr. Maldonado se hospedaron varias veces los científicos durante la realización de esos trabajos; y recibieron del generoso sacerdote la cooperación necesaria para conseguir los peones indios para la obra.

Los hermanos Maldonado y sus familiares extremaron con los franceses las muestras de la cordialidad característica de los riobambeños. Fueron anfitriones de primera clase. La bonanza económica y el prestigio de que gozaba la familia se manifestaron en las atenciones brindadas a los amigos que venían de Europa.

"Al pasar a Riobamba a principios de 1740 fuimos invitados (con Pedro Bouger) por los señores Maldonado y sus cuñados Dávalos y Villavicencio, a la boda de una de sus sobrinas, en una casa de campo en los alrededores de la villa. Aparte del reconocimiento que debíamos a esta familia, que nos había ayudado en todo, yo, en particular, tenía una deuda con los señores Maldonado por haber sido mis garantes ante los Oficiales reales, para el nuevo crédito que conseguí del Virrey de Lima sobre las cajas reales de Quito... Pasé tres días en San Andrés, en donde se dio la fiesta más magnífica y más vistosa que yo había visto durante toda mi estadía en el Perú...".[21]

AMISTAD PERDURABLE

Los lazos de fraternidad que unieron a Maldonado con el sabio La Condamine fueron muy estrechos.

Después de permanecer juntos en el desarrollo de la tarea científica en este territorio que desde entonces empezó a ser conocido como Ecuador, los dos hombres iban a emprender también juntos el largo camino hasta Europa. La Condamine regresaba a presentar todas sus memorias y relaciones a la Academia de Ciencias de París. Maldonado pensaba obtener en España el premio a su consagración por la patria, y traer del otro lado del océano todos los avances científicos y culturales que necesitaban las olvidadas tierras de la Presiden-

cia de Quito.

La amistad quedó confirmada con este viaje y con los hechos acaecidos posteriormente en Europa, pues volvieron a encontrarse en Francia a finales de 1746. Entre tanto, se comunicaban sus experiencias por medio de cartas, que fueron conocidas por la Academia como valiosos documentos. En París concurrieron juntos a las sesiones de la corporación. La Condamine aprovechó de esta ocasión para presentarlo a los más respetables científicos de ese país, a quienes ponderaba los méritos de su amigo. Igual hizo, mediante cartas, con sus colegas de naciones vecinas.

Esta amistad, fundada en la valía intelectual y moral del americano, fue uno de los factores para que la Academia de París entregara a Maldonado el título de Miembro correspondiente de esa altísima Institución.

MÁS ALLÁ DE LA VIDA

Ni siquiera la temprana muerte del sabio riobambeño, en 1748, rompió esa relación que había comenzado 12 años antes en territorio quiteño. Al contrario, el francés demostró entonces lo mucho que lo estimaba. Se encargó personalmente de terminar la impresión de la Carta de la Provincia de Quito, de conservar los papeles de Maldonado y de enviarlos, juntamente con las 4 planchas del mapa, al Rey de España.

Pero sobre todo, y esto constituye una gloria póstuma para nuestro coterráneo, La Condamine se convirtió en el primer biógrafo de Maldonado. Gracias a él hemos podido conocer muchos datos sobre la vida y la obra científica de este hombre de América.

Hay mucho afecto, como podemos ver, hacia Maldonado y su familia en varias páginas del "Diario" de La Condamine:

"... el difunto don Pedro Maldonado..., en quien su patria y sus amigos han sufrido una pérdida difícil de reparar...".

"... sentía yo mucho lo que perdía con la privación del encanto y de los recursos que podía encontrar en la compañía de un amigo como él...".

"... Pasé dos días en casa de mi amigo, en un sitio en que tuve la ocasión de hacer varias observaciones sobre historia natural... Fuimos juntos a Elén, a despedirnos de su cuñado, don José Dávalos... En esta ocasión como en todas las demás, don José me proporcionó todas las facilidades que yo podía desear, y me dio nuevas muestras de su amistad...".

"... Hablaré sobre la suerte que han corrido mis compañeros de viaje... No hay por qué sorprenderse si coloco en esta lista a don Pedro Maldonado, con el cual bajé el río de las Amazonas... Comenzaré hablando de él...".

"Maldonado había dejado en París dos cajas llenas de esquemas y modelos de máquinas, así como instrumentos de diversos oficios, que proyectaba llevar a su patria, en donde había resuelto introducir el gusto por la Ciencia y las Artes. Y nadie era más capaz que mi amigo para coronar semejante proyecto. Su pasión por instruirse abarcaba todos los géneros...".

"Tenía por amigos en Francia, en Holanda, en Inglaterra, a todos los hombres de mérito que había conocido. Su pérdida fue sensible para nuestra Academia, y el historiador de la Misión ha creído un deber, al recordarlo, tributarle estos elogios muy merecidos...".

No puede ser más ferviente y sincero este tributo a la amistad y a la capacidad, rendido por uno de los más grandes cerebros que tuvo Francia en el siglo 18.

Dos secretos tuvo Maldonado para ser apreciado de esta forma: su talento y su don de gentes. Era un ser excepcionalmente amable y delicado en su trato con los demás. Tenía también muchas ideas y proyectos que compartir con quienes lo estimaban. Y aunque estaba consciente de la superioridad de su genio y de sus conocimientos, jamás presumía de ello.

Era un excelente amigo y un amable compañero de trabajo. Estas cualidades, puestas al servicio de causas nobles, condujeron a que dos seres extraordinarios, Maldonado y La Condamine, cumplieran una labor conjunta que ha beneficiado a la humanidad.

CAPÍTULO VII

CONSAGRACIÓN DE LAS ACADEMIAS

UN AMERICANO EN EUROPA

El contacto con los pueblos europeos produjo en Maldonado una variedad de reacciones.

Llegar a esos países tan lejanos y constatar que la vida se desenvolvía en ellos en condiciones de mayor progreso que en su tierra, fue la primera impresión. Sin embargo, procuró no dejarse deslumbrar por ese brillo de las Cortes de Europa, y trató de aparecer, conservadas las distancias, a la altura de los personajes que frecuentaba, y de sus costumbres.

En la Corte de España consiguió la respuesta que buscaba. La relación de sus trabajos y descubrimientos causó la impresión que debía. Le fueron concedidos los títulos. Confirmada la Gobernación de Esmeraldas, con un sueldo respetable, podría reponerse un tanto de los ingentes gastos ocasionados por la apertura del camino. Estos reconocimientos a su ingenio y a su dedicación, los emplearía a su regreso para mejorar la situación de la patria y de sus gentes.

Animado por esa agradable recepción brindada por las autoridades de la Península, Maldonado continuó su viaje a París, adonde le había precedido el informe de sus talentos y virtudes, presentado por sus amigos Bouger, Jussieu y La Condamine. No era, pues, un desconocido en los medios científicos de la capital francesa.

EL SIGNIFICADO DE UN DIPLOMA

En marzo de 1747 Pedro Vicente Maldonado recibió el nombramiento

---

(19) La Condamine cuenta, maravillado, cómo en la hacienda Elén, de los esposos Dávalos Maldonado, todos, hasta los niños, sabían la lengua francesa, aun cuando no la hablaran.

de Socio correspondiente de la Real Academia de Ciencias de París.

El diploma tiene el texto siguiente: "Hoy, 24 de marzo de 1747, la Academia, informada por los señores Bouger y de La Condamine, y por las cartas del señor José Jussieu, del saber y de la capacidad del señor don Pedro Maldonado, Gobernador de la provincia de Esmeraldas y Caballero de la Llave de Oro de Su Majestad Católica; y queriendo darle muestra de estimación, de modo que pueda empeñarle a continuar la correspondencia que actualmente mantiene con el señor de La Condamine sobre asuntos de Matemáticas y Física, lo ha nombrado Socio Correspondiente de la Academia. Le concede, en esta calidad, el derecho de entrada a las asambleas cuando él venga a París, y lo exhorta a continuar su correspondencia con la mayor regularidad con que le sea posible, persuadida la Academia de que de ello obtendrá provecho. En fe de lo cual firmé las presentes, y les puse el sello de la Academia. (f.) Grandjean de Fouchy, Secretario Perpetuo de la Academia de Ciencias de París".

El diploma con que honraban al criollo americano las Academias de Europa era un reconocimiento a una labor ya realizada, con una exhortación a continuarla para provecho de la ciencia. Lástima que esa invitación cargada de sinceridad no pudo ser concretada en acciones fecundas, porque la vida le fue tronchada cuando todavía se esperaba mucho de este infatigable espíritu de investigador.

El reconocimiento al saber y a la capacidad de Maldonado provino nada menos que de Europa, y precisamente de uno de los más altos centros de la ciencia, la Real Academia de París.

Las páginas anteriores nos han hablado bastante de la capacidad y del saber, demostrado en sus obras. No se trataba, pues, de ninguna circunstancia del destino, sino de la existencia real de esas cualidades.

Los méritos del riobambeño habían sido estimulados a través de la amistad y de la correspondencia mantenida con personajes tan respetables como La Condamine, José de Jussieu, Pedro Bouger.

Los sabios franceses, al departir con este insigne americano, se dieron cuenta de las virtudes que adornaban su persona, las aquilataron bien, y supieron hacer de Maldonado su amigo y su colega. Allí estaban, además, para corroborar tal apreciación, las realizaciones concretas de su talento.

"Los altos conocimientos adquiridos, los puso de manifiesto Maldonado en los trabajos efectuados con la Misión Geodésica Francesa... Su labor con

(20) La Condamine, "Diario...".

la Misión fue la que principalmente trasladó su nombre al amplio escenario de la vida científica europea".[22]

El ingreso de Pedro Vicente Maldonado a la Real Academia Francesa, y, más tarde, a su similar de Londres, no constituyó un obsequio. No fue el resultado de un acuerdo entre amigos o compadres.

Le había costado un duro esfuerzo llegar a ser considerado y apreciado al mismo nivel que los expedicionarios a quienes encontró un día en su país. Hemos recalcado, porque así lo señalan los textos de nuestra Historia, el atraso en que estaban sumidas nuestras gentes en los oscuros días coloniales. Por eso era más meritoria la distinción que le concedían las sociedades culturales del viejo mundo.

Saliéndose de lo establecido, el que redacta la historia de la Academia de Ciencias de París, dedica esta nota a Maldonado: "Este es el mismo Don Pedro, de quien nuestros Académicos habían recibido múltiples y excelentes servicios en Quito, y que, traído a Francia en alas de su incansable deseo de instruirse, la Academia lo ha colocado, muy honrada, en el número de sus Corresponsales, le ha visto muchas veces concurrir a sesiones, y que acaba de morir en Londres, adonde le había llevado el mismo amor a las Ciencias. Esperamos se nos perdonará esta digresión que hemos creído deber a su ilustre memoria".

No solo perdonamos, sino que agradecemos esa digresión, pues ella permite valorar en su exacta dimensión cuál fue el grado de estima con que se trató a nuestro coterráneo. No solamente fue recibido por la Academia, sino que la corporación se sintió honrada al otorgarle un sitial en el número de sus socios.

No era muy frecuente, según entendemos, que la Academia de Ciencias de París extendiera esta clase de nombramientos a personajes provenientes del nuevo continente. Desconocemos si una distinción parecida se hubiera hecho, antes de esta fecha, a otro habitante nacido en estos territorios de la América del Sur. Sabemos, eso sí, y nos llena de satisfacción, que el Dr. José Antonio Maldonado, el hermano mayor de Don Pedro, recibió la misma designación de Miembro de esa Academia parisina.

El original del diploma concedido a Maldonado reposaba en el archivo personal de Mons. Federico González Suárez. El historiador lo obsequió al Dr. Pedro Ignacio Lizarzaburu, uno de los descendientes de Magdalena Dávalos. En 1909, otro ilustre investigador riobambeño, el Dr. Pacífico Villagómez,

(21) La Condamine, obra citada.

hizo donación del diploma al Subcomité "Maldonado", de la ciudad de Quito. Este organismo se hallaba encargado de la celebración en 1909 - fecha equivocada - del bicentenario del nacimiento del sabio geógrafo riobambeño. Según la voluntad del donante, podía remitirse el diploma a la Municipalidad de Riobamba o al Colegio Maldonado. El subcomité, en sesión del 23 de mayo del mismo año, resolvió agradecer el obsequio en lo que valía, y remitirlo al Colegio Maldonado, a fin de que se conservara allí como un estímulo permanente para la juventud estudiosa de esa ciudad.

Bélgica y Holanda fueron también visitadas por Maldonado, en su deseo de ampliar su visión de Europa y de conseguir amistades que podrían serle útiles para sus patrióticos afanes. Sabemos también por La Condamine que Pedro Vicente estuvo en la campaña de Flandes en agosto de 1747, junto al rey de Francia. Una de las cartas fue escrita desde Tongres, ciudad de Bélgica, sobre los sucesos de la guerra y las impresiones que le causaban: "... Solo las cartas de Don Pedro Maldonado podrán dar idea de lo que ocurría en su espíritu y de la fuerza con que se grabó en su imaginación todo aquello que había visto...".

Cuando las circunstancias lo permitieron (había guerras entre las naciones) pasó también a Inglaterra. La Real Sociedad Geográfica de Londres apreció sus talentos y su obra; con la recomendación de varios integrantes de esa entidad, resolvió acogerlo en su seno como socio. Maldonado pudo sentirse el ser más dichoso de la tierra al ser reconocido como un hombre importante entre personajes tan notables en países tan diferentes al suyo. Había escalado todos los peldaños que lo llevaban al triunfo, a la consagración definitiva.

CAPÍTULO VIII

LA GLORIA Y EL OCASO

EL FINAL DE UNA VIDA PLENA

Una carrera triunfal en Europa abría al dinámico criollo riobambeño amplias perspectivas. Su incesante afán de conocer todo lo que le fuera posible, lo llevó a Londres en agosto de 1748.

Allí lo recibieron con entusiasmo los sabios Folkes, Watson, Colebrooke, De Montaudoin, que se hallaban enterados del valor intelectual y moral del visitante. Lo invitaron a ser miembro de la Real Sociedad Geográfica de Londres, presidida por el señor Martín Folkes. Pedro Vicente aceptó complacido el honor que le ofrecían.

Estaba Maldonado anímicamente mejor dispuesto que nunca para retornar al suelo patrio. Su mente se llenaba de proyectos para el adelanto de las ciencias, las letras, las artes, la economía de su país de origen.

Pero, no contaba con la mala jugada que le tenía deparada el destino. Nadie hubiera podido prever que este hombre, de constitución robusta, que había desafiado todas las inclemencias del clima y todos los peligros de la naturaleza, iba a sucumbir de pronto ante una enfermedad. En la fuerza de sus 44 años, no podía siquiera sospechar que el otoño de la fría ciudad de Londres lo iba a doblegar con una fiebre ardiente y una fluxión de pecho. Ni los cuidados de sus amigos, ni las atenciones del famoso médico Dr. Ricardo Mead fueron suficientes para detener a la muerte. Esta acaeció el día 17 de noviembre de 1748, en suelo extraño, después de haber sido confortado con la asistencia de un sacerdote católico.

El Presidente de la Real Sociedad Geográfica pronunció unas emocionadas frases de despedida. Los afligidos amigos derramaron lágrimas, le tributaron elogios y depositaron sus restos en una cripta de la iglesia de Saint James, donde se quedaron para siempre. Esa cripta fue definitivamente sellada dos siglos después

como consecuencia de los bombardeos que soportó la ciudad de Londres durante la segunda guerra mundial. Y sobre su tumba se extendió muy pronto un manto de olvido.

MALDONADO Y LA POSTERIDAD

Del matrimonio de don Pedro Vicente con doña Josefa Pérez Guerrero y Ontañón, nacieron cuatro hijas. Tres de ellas murieron en temprana edad. La única sobreviviente se llamó Juana. Ella se casó en 1750, después de la muerte de su padre, con Manuel Díez de la Peña. Por el testamento otorgado por doña Juana en julio de 1805 se sabe que tuvieron 13 hijos, de los cuales sobrevivieron solamente 2: Manuel y Nicolás.

Uno de ellos, Nicolás de la Peña Maldonado, intervino muy activamente en las luchas a favor de nuestra Independencia entre 1809 y 1813. Fue perseguido y finalmente fusilado por los realistas en Tumaco, juntamente con su esposa Rosa Zárate, en julio de 1813. El hijo de ambos, el Teniente Coronel Francisco Antonio de la Peña Zárate, había sido una de las víctimas del 2 de Agosto de 1810.

Aparte de estos nombres, la historia ha consignado pocos datos sobre la descendencia de don Pedro Vicente Maldonado Sotomayor.

LA SOMBRA DEL OLVIDO

"Ni antes de la época de la Colonia, ni después en tiempo de la República, ha habido un ecuatoriano tan ilustre como Maldonado: culto, urbano, caballeroso, de maneras exquisitas; valiente, magnánimo, amante de su patria como ninguno; dotado de ingenio sobresaliente, aprende por sí mismo las ciencias que entonces en su país nativo no eran cultivadas, y llega a ser en ellas no solo instruido sino sabio, y sabio hasta el punto de merecer que la Academia de las Ciencias de París y la Sociedad Real de Londres le honraran, reconocieran su mérito y lo condecoraran con el título de miembro honorario de ellas...".[23]

¿Exagerado? No, si tomamos en cuenta dos razones: la sin par ecuanimidad que adornó a González Suárez en sus escritos; y el relato que hemos realizado de las hazañas científicas y patrióticas de Maldonado.

El colombiano Francisco José de Caldas (1771-1816), investigador, compañero de Celestino Mutis, Alejandro de Humboldt y Amadeo Bonpland, no ocultaba su admiración por Maldonado, al mismo tiempo que re-

clamaba por el olvido en que lo tenían: "... Maldonado levantó la carta de la Provincia de Quito, el más bello monumento de su ilustración y patriotismo. La muerte lo detuvo en la mitad de su carrera. ¡Ah!, jamás lloraremos dignamente la pérdida de este hombre grande que proyectaba la felicidad. Si conocemos una parte de sus acciones, la debemos a una pluma extranjera. ¡Ingratos! ¡Casi hemos olvidado su memoria! Las más célebres Academias de la Europa han pronunciado sus elogios, y sus compatriotas apenas lo conocen... y han olvidado erigir un monumento al Hombre más grande que ha producido este suelo. El elogio histórico de este geógrafo debía muy bien ocupar los talentos de sus conciudadanos... No puedo acordarme de Maldonado, no puedo ver el olvido en que le tienen sus paisanos sin conmoverme. Un genio que supera las luces de su Patria, que se distingue de todos sus compatriotas por su saber, que recorre las extremidades de su país, que rompe nuevos caminos, navega, observa, mide, forma la Carta de Quito; que toma parte en los trabajos astronómicos de La Condamine, que va a Europa, a quien las Academias más célebres abren sus puertas; que recorre España, Portugal, Francia, Holanda; que acopia libros, instrumentos, diseños; que quiere connaturalizar las ciencias y las artes en su Patria: este genio original y raro no tiene un monumento en el seno de esta Patria ingrata, indigna de contener sus cenizas... Un país en que las Ciencias son despreciadas no debe contener el monumento de un filósofo...".

El elogio no puede ser más elocuente y fervoroso; pero, las palabras finales, pronunciadas por Caldas a comienzos del siglo 19, suenan bastante duras. Es que se había colocado una montaña de olvido sobre el nombre y sobre las obras de un personaje que había hecho tanto por su patria. Esas palabras, para el momento, eran más que justas.

Recordemos también las frases de Eugenio Espejo: "Aquí se presenta un alma de esas raras y sublimes, que tiene en la una mano el compás y en la otra mano el pincel; quiero decir, un sabio profundamente inteligente en la Geografía y Geometría y diestro escritor de Historia. Un sabio ignorado en la Península, no bien conocido en Quito, olvidado en las Américas, y aplaudido con elogios sublimes en aquellas dos Cortes rivales… Londres y París celebran a competencia al insigne Don Pedro Maldonado; y su mérito singular le concilió el aplauso y admiración de las naciones extranjeras; sus obras de gran precio, que

(22) Revista "Siembra", Colegio Maldonado, No. 5. Riobamba, 1936: Nota editorial.

contienen las mejores observaciones sobre la Historia Natural y la Geografía, las reserva Francia …".

REPARANDO LA INJUSTICIA

Tuvo que transcurrir cerca de un siglo para que comenzara a repararse la injusticia, de la que se quejaban tan amargamente Espejo y Caldas.

El 24 de octubre de 1867, por gestiones del Dr. Javier Sáenz, el Presidente Jerónimo Carrión firmó el decreto de creación del Colegio Nacional de Maldonado en la ciudad de Riobamba.

Otro gesto del gobierno ecuatoriano fue el de lograr, en 1886, que las autoridades españolas desempolvaran las cuatro planchas del Mapa de la Provincia de Quito y que se hicieran algunas impresiones de él, a fin de que se diera a conocer ese valioso tesoro, labrado siglo y medio antes.

Pero fueron los primeros años del siglo 20 los que pusieron fin definitivamente al olvido y a la ingratitud que habían caído pesadamente sobre la memoria de Maldonado. Entonces se volvió a hablar de su indiscutible talento y de las contribuciones que habían salido de él para la patria lejana del siglo 18.

Fue, en efecto, 1909 el año en que se inició en Riobamba la reivindicación de la memoria de este gigante de nuestra historia. Aunque equivocadamente, se celebró en junio de ese año el bicentenario de su nacimiento. (No se había descubierto a tiempo que ese suceso acaeció en 1704). Por iniciativa de la Municipalidad se formaron comités para rendir un homenaje, tardío pero enaltecedor, al matemático, geógrafo, patriota, astrónomo, estadista. Desde entonces su obra comenzó a ser mejor conocida.

Una de las acciones para concretar este homenaje fue la de designar con su glorioso nombre una de las tres parroquias urbanas que se crearon en la ciudad. Otra fue la de dedicar a su memoria la plaza central de la ciudad y convertirla en parque. Y, pese a la penuria económica, se resolvió la erección de un gran monumento.

El 29 de junio de 1927, la Municipalidad riobambeña logró inaugurar, en forma más que solemne, el monumento que había iniciado 16 años antes. Desde entonces se yergue en el parque Maldonado un soberbio conjunto artístico, trabajado íntegramente con materiales italianos por un contratista también italiano, Francisco Manuel Durini, y esculpido a la perfección por el artista quite-

(23) González Suárez, Historia General del Ecuador.

ño Carlos Mayer. Se trata, sin discusión, de uno de los más bellos monumentos que tiene el país, por su grandeza y calidad. Y es digno de figurar en cualquier ciudad del mundo.

En la misma fecha se inauguraba en la misma ciudad otro monumento trabajado también por artistas italianos en estilo neoclásico, para sede del colegio nacional que llevaba desde 1867 el nombre de Maldonado. El poeta y educador Miguel Ángel León, al referirse a este doble acontecimiento, se expresaba de esta forma: "... hoy se inauguran dos monumentos: la estatua de don Pedro Vicente Maldonado y el nuevo edificio del Colegio. Un monumento del pasado y otro del porvenir. Una enseñanza de la Historia y un hogar para la enseñanza. Una gloria eterna, y un camino hacia la gloria".[24]

(24) Miguel A. León, en Revista "Plus Ultra", Colegio Maldonado, Riobamba, 1927.

La revalorización de Maldonado fue emprendida con entusiasmo por nuestros historiadores. Pedro Fermín Cevallos le dedicó elogiosas frases. Uno de los más entusiastas fue, como lo hemos señalado abundantemente, Federico González Suárez, al que debemos una muy justa apreciación de Maldonado como una lumbrera de la oscuridad colonial. Después han venido los estudios más detallados de Neptalí Zúñiga, o de José Rumazo, quien dedicó los 8 volúmenes de la serie "Documentos para la Historia de la Audiencia de Quito" a todo lo relacionado con Maldonado y su familia. Existen también investigaciones sobre la hidalguía de don Pedro, por Cristóbal de Gangotena Jijón, y numerosas biografías salidas de las plumas de connotados escritores ecuatorianos: Antonio César Pérez, Luis Cordero Dávila, Nicolás Espinoza Cordero, Alejandro Andrade Coello, Alfredo Flores y Caamaño, Silvio Luis Haro, Alfredo Costales Cevallos, Ricardo Descalzi, Piedad y Alfredo Costales, y otros.

Se ha escrito abundante literatura alrededor del sabio Maldonado en enciclopedias, revistas, diarios. Se han dado a publicidad varios documentos. Se han creado muchos poemas en su honor. Su nombre figura en escuelas, colegios, calles, parroquias, cantones. Hay monumentos en su honor en distintas ciudades del país.

Se puede decir que el olvido de los siglos ha sido suficientemente reparado.

LAS PROYECCIONES DE ESA LUZ

Una luz es tanto más brillante cuanto más oscuro es el lugar desde donde emite sus rayos. Probablemente por esta razón nos sobrecoge más la potencialidad luminosa de don Pedro Vicente Maldonado Sotomayor, que surge desde la Colonia y se proyecta hasta nuestros días.

Es lamentable que se hubieran perdido los manuscritos que contenían la investigación llevada a cabo por él en tantos años, sobre tópicos tan interesantes como la geografía, la astronomía, la botánica. Al parecer, Maldonado había escrito una obra científica de gran alcance. Según el Padre Velasco, el título de esta obra era Geografía del Reyno de Quito. Según Juan Freile Granizo, el li-

(25) Introducción a la Historia del P. Juan de Velasco, Edición de la CCE, Quito.

bro se llamaba: Historia Natural Hidrográfica y Geográfica de las dos Américas.[25]

Recordemos que, en su recorrido por el Amazonas, alternó con La Condamine en la búsqueda de informaciones sobre la historia y geografía de esa región, íntimamente relacionada con la nacionalidad ecuatoriana. Los dos estaban interesados, entre otras tantas cosas, en las propiedades del curare y en averiguar cuánto había de verdad sobre las famosas Amazonas, mencionadas por Orellana en los días del descubrimiento del río-rey.

Ventajosamente, se han salvado algunas de sus obras, que son suficiente monumento de su ingenio para la posteridad. Tenemos su Carta Geográfica y su Relación sobre el gobierno de Esmeraldas. Existen cartas y documentos en la recopilación de José Rumazo y en el archivo de la Casa de la Cultura de Riobamba. Y tenemos también las afectuosas páginas escritas por La Condamine.

Riobamba conserva las planchas del Mapa y el diploma concedido por la Academia de Ciencias de París. Desde esos documentos, que acreditan la valía intelectual y moral de un hombre del pasado, se nos está entregando una permanente lección de esfuerzo hacia la conquista del porvenir. Este reconocimiento de la Historia, a través del título académico y de los testimonios que hemos recogido con admiración, se ha de poner como un estímulo constante para la superación de ecuatorianos y americanos.

Los restos de Maldonado, que inició su diálogo final con las estrellas el 17 de noviembre de 1748, se quedaron allá en Londres, en la cripta de la iglesia de Saint James. No ha sido posible repatriarlos. Pero tenemos su obra, que sigue iluminando el sendero de muchos hombres: estudiantes, maestros, escritores, cultivadores de la ciencia.

Es preciso que la gloria eterna que significa Pedro Vicente Maldonado se constituya en un aguijón para impulsar la fuerza que anima los corazones jóvenes y los intelectos maduros de nuestro país, de esta patria que tanto amó el hombre singular que nos ha acompañado en estas páginas, animándolas con el hálito de su austera mansedumbre.

Orgullosos de ser dueños de una figura excepcional, de un hombre fuera de serie, pero al mismo tiempo anhelantes de superar nuestra pequeñez, concluyamos, con palabras de Víctor Manuel Garcés, que Riobamba y el Ecuador tienen dos moles de inigualable altura:

"Maldonado, el gigante de la idea,
y el gigante de hielo, el Chimborazo".

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

- *Archivo "Juan Félix Proaño", Casa de la Cultura de Chimborazo.*
- *Caldas, Francisco José de.- Semanario de la Nueva Granada, 1801.*
- *Cevallos, Pedro Fermín.- Resumen de la Historia del Ecuador. Lima, 1870. Otra edición de "Ariel".*
- *Cicala, Mario María.- Descripción Histórico-topográfica de la Provincia de Quito de la Compañía de Jesús, escrita en 1771; traducida por el P. Julián Bravo; editada en Quito, 1994.*
- *Costales Cevallos, Alfredo.- El sabio Maldonado ante la posteridad, Quito, 1948.*
- *Costales, Alfredo y Piedad.- Los Maldonado en la Real Audiencia de Quito, Quito, 1987.*
- *Espinosa Cordero, Nicolás.- Un varón de elevado espíritu, Cuenca, 1938.*
- *Flores y Caamaño, Alfredo.- La primera figura científica de la colonia, Quito, 1940.*
- *Gangotena Jijón, Cristóbal.- Hidalguía de Don Pedro Vicente Maldonado, Riobamba, 1937.*
- *González Suárez, Federico.- Historia General de la República del Ecuador. Quito, 1890-1893.*
- *Juan, Jorge y Ulloa, Antonio.- Relación histórica del viaje a la América Meridional, Madrid, 1748.*
- *La Condamine, Carlos María de.- Relación abreviada de un viaje por la América Meridional.*
- *Diario del viaje hecho por orden del Rey al Ecuador, París, 1751.*
- *Maldonado, Pedro Vicente: Memorial Impreso, Madrid, 1744. (Consta publicado en la recopilación de Documentos de José Rumazo G., 1948).*
- *Navarro, Juan Romualdo.- Idea del Reino de Quito, 1761-1764. (Consta en la recopilación de Documentos de la Real Audiencia, de José Rumazo).*
- *Paz y Miño, Luis Telmo.- Guía para la Historia de la Cartografía Ecuatoriana, Quito, 1948.*
- *Pérez, Antonio César.- Rasgos biográficos de Don Pedro Vicente Maldonado. Quito, 1910.*
- *Rumazo González, José.- Documentos para la Audiencia de Quito. Recopilación. Madrid, 1948-1950. 8 tomos.*
- *Velasco, Juan de.- Historia del Reino de Quito.- Edición de la Casa de la Cultura, Quito, 1977-1979, 3 volúmenes.*
- *Villagómez, Pacífico.- Artículos en Revista Municipal, 1909.*
- *Wolf, Teodoro.- Geografía y Geología del Ecuador, Leipzig, 1892.*
- *Zúñiga, Neptalí.- Pedro Vicente Maldonado. Un científico de América. Madrid, 1951.*